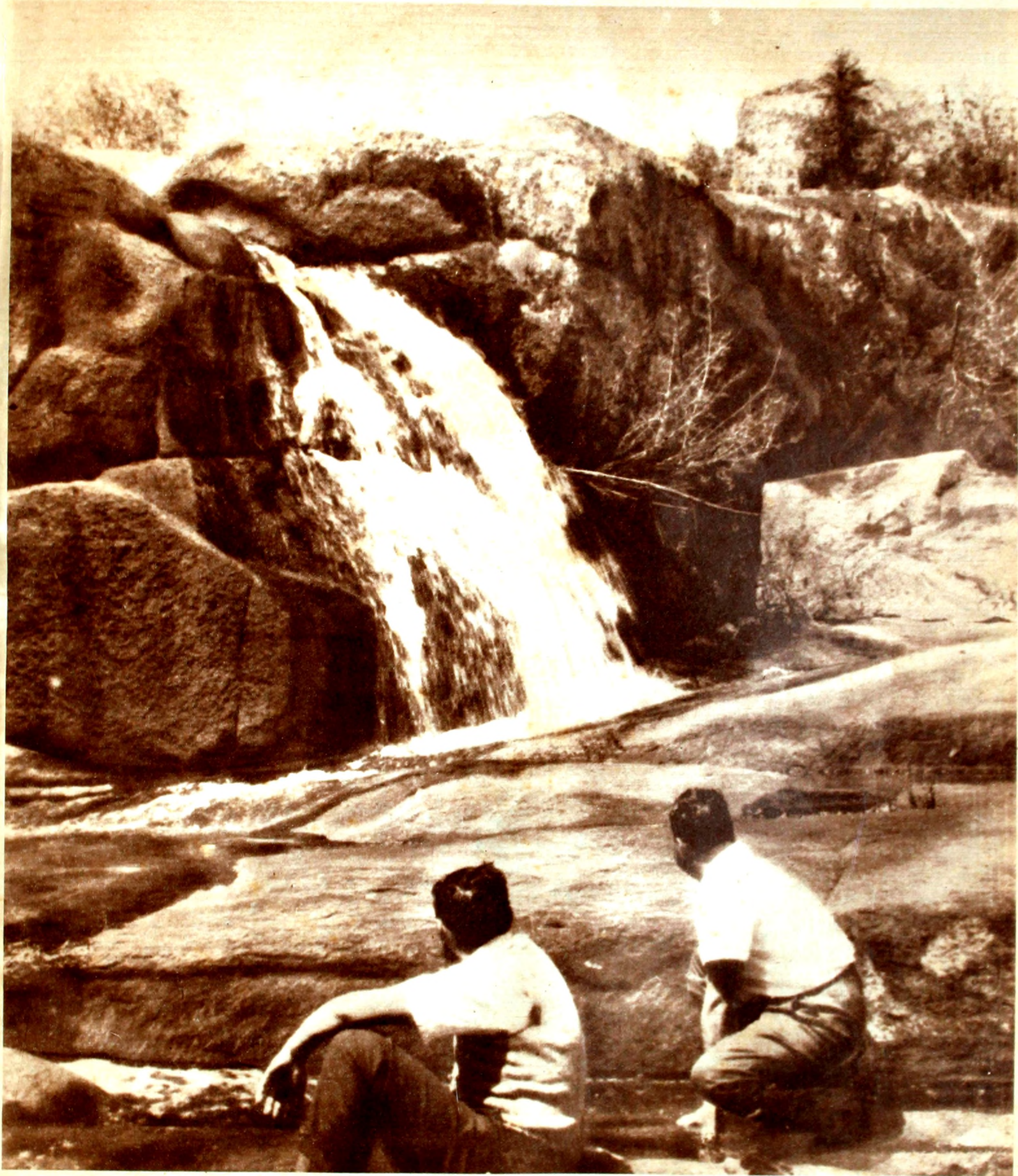


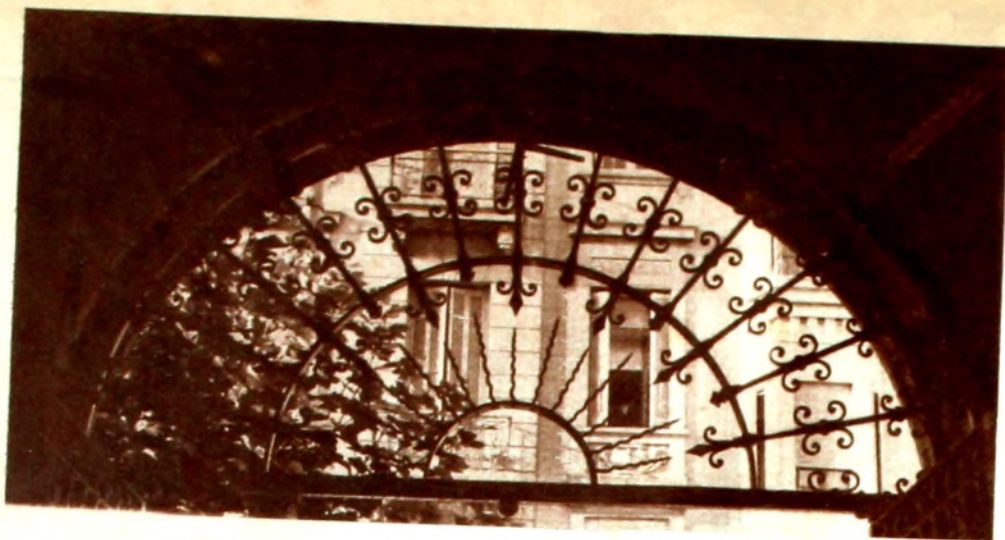


RED FLUVIAL DE LA CUENCA DEL SANTA LUCIA.

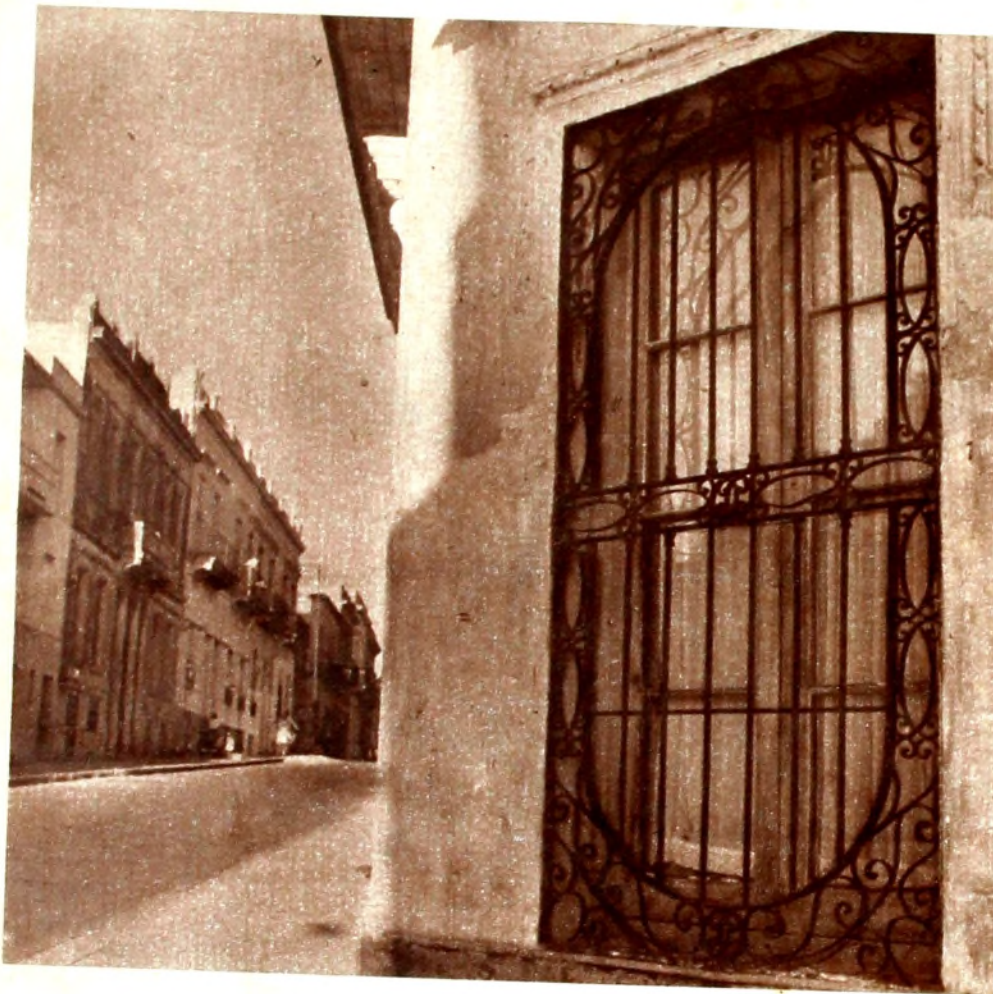
(Fotografía de Jorge Chebataroff).

Numerosos arroyos, entre los que se cuentan el de los Tapes y el Barriga Negra, indican con la divisoria de aguas de la Cuchilla Grande, la separación de las cuencas de los ríos Santa Lucía y Cebollatí. La fotografía es de un arroyo tributario del Polanco, alimentado por manantiales y aguas de lluvia, formando una cascada al bajar de masas graníticas.

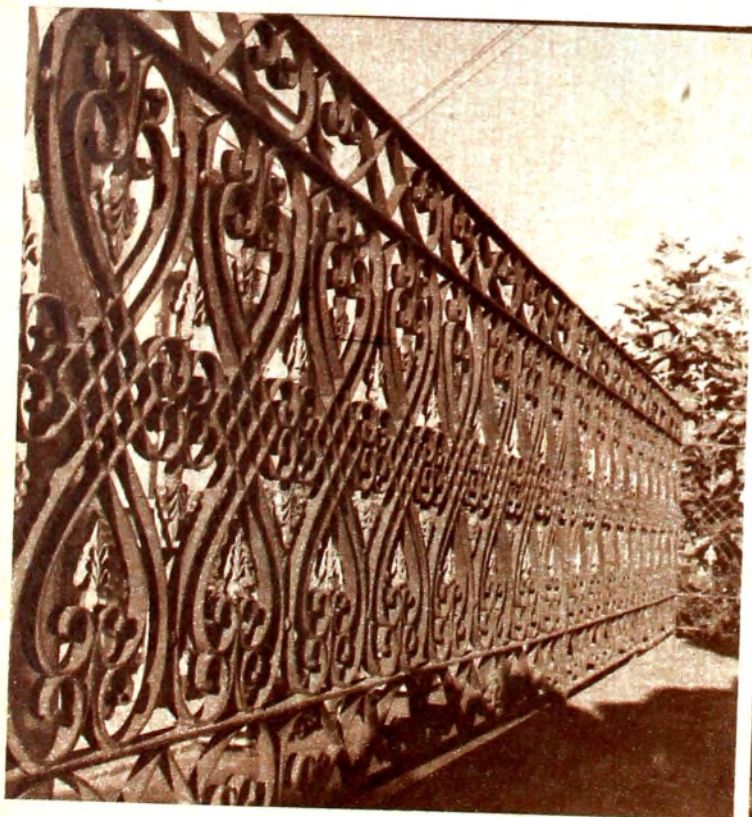
REJAS Y BALCONES



Abanico de hierro forjado.



Bellísima reja en la esquina de Guaraní y Buenos Aires.



Balcón alto de una antigua casa en la esquina de Soriano y Yi.



Exquisito detalle con influencia gótico-mudéjar que pertenece a una de las puertas de una antigua residencia de la calle Soriano.

SON tal vez los únicos ejemplares que van quedando en la ciudad, que cada día, adopta otras formas desnudas y despojadas de ornamentos arquitectónicos. Las viejas casas de antaño se tiran abajo y entre los escombros polvorientos, surgen nuevas moles edilicias con puertas y ventanas que nada quieren saber de rejas y balcones. Se les deja irremediablemente de lado. Y cada día desaparecen de nuestra vista desentendida, esos vestigios de leve poesía, de penetrante sugestión, de hondo hálito evocativo y cuya nostalgia escapa a las palabras cotidianas, como el agua se escurre de la copa que forman dos manos cruzadas. Sin embargo, el ritmo colonial de rejas y balcones sigue envolviendo el trajinar diario de algunas calles céntricas montevidéanas, que escaparon hasta hoy, a los rigores de la piqueta y a las exigencias de las cifras valorativas que responden a las más solicitadas razones inmobiliarias.

Los que aman un lugar con ese sagrado furor que emerge del olvido, los que todavía son sensibles a los detalles evocativos (un patio de lajas, maderas nobles, paredes encaladas, platería antigua) conocen la belleza y el sentimiento de nostalgia que puede despertar la imprevista presencia de un balcón o una reja. Lo cierto es que todavía quedan personas sensibles a esta suerte de encantamiento menor o como gustéis llamarlo. Y rejas y balcones estimularán, mientras nadie los elimine, esa posibilidad estimulante que no exige otros requisitos que el simple poder y la facultad de maravillarse. No sólo se ven rejas en la ciudad. Resplandecen también para el placer y la sensualidad de la vista de algunas quintas suburbanas, esas que gozaron de los buenos tiempos sin oposición de nuestras abuelas, y donde amurallan con hurañía las lentas noches de verano, que en los jardines de extramuros, mezclan con algo de magia el perfume de las magnolias con las tuberosas y el óleo fragante, esos otros suntuosos bienes vegetales que nos dona con gratuidad la tierra.

Es cierto. Perdura un algo de cosa embrujada, un dibujo delicado y bello, en estas últimas rejas. Esa característica del hierro domado que ha sabido sobrevivir hasta nuestros días, es una forma elevada y ennoblecida del primitivo origen de un metal que cobra en el sacrificio del fuego una cualidad de raro origen poético, un estilo y primor subyugadores, a tal punto, que dan a la antigua arquitectura ciudadana su más aéreo toque de gracia y poesía.

Mientras la arquitectura moderna tiende más y más al despojo, estos hierros forjados y balcones dejan una sensación de espiritualidad y emoción en las fachadas de las viejas mansiones, a las que otorgan el encaje sutil y la sombra de sus graciosos arabescos, el ritmo y la gracia de sus festones su hechicera belleza de volutas y encantamiento. Rejas y balcones. ¿Qué otros elementos podían darle a la ciudad esa pátina de añoso romanticismo?

Esta rejería tiene también su parte de historia. El arte del hierro alcanzó su gran apogeo en la España antigua. Antes de que sus reyes se dieran a la conquista de otros mundos ignotos. La forja o sea el batido a martillo del metal candente hasta darle la forma que todavía se puede admirar en estas rejas montevidéanas, fue heredado de los rejeros españoles por los artistas an-

nimos que sembraron por Montevideo esta maravilla geométrica abierta a todas las posibilidades de la fantasía. El origen universal de la forja es tan remoto que se designa a su inventor en la persona de Tubal, hijo de Lamech y descendiente de Caín, como el primer hombre de quien la leyenda dice que acertó a servirse del hierro para proveerse de herramientas, armas y armaduras.

Hay varios secretos que rigen la creación de tales rejas tan sentidamente decorativas y que dan lugar al profuso empleo de cenefas y rosetones incisos en motivos geométricos. Uno de ellos es la soldadura a la calda, preferida por los artistas de la forja a la soldadura autógena y aún a la eléctrica y que consiste en caldear dos piezas juntos con el propósito de obtener en las llamas una soldadura perfecta. Mediante este descubrimiento, los artistas primitivos del hierro pudieron dar mayor amplitud a sus virtudes imaginativas. En este sentido, la rejería abre un amplio campo a la iniciativa personal de cada artífice. Surgen así las rejas con crestería de pinchos en forma de lirios. Rejas con frisos, hojarasca y flores. Rejas con volutas sensuales y dibujos árabes que recuerdan a veces las características decorativas de la técnica gótico-mudéjar. Rejas con molduras caladas. Rejas con barrotes retorcidos o barrotes verticales terminados en vástagos floridos. Rejas con cintas de hierro en forma de volutas. Rejas encopetadas con cenefas en forma de cintas o en lóbulos curvilíneos que graciosamente se cortan y entrelazan. En fin, un registro de formas e inspiraciones, de nunca terminar, tan exactos como la solución de un teorema o tan caprichosos como la cola de pavo real de un fuego de artificio que estalla. Es en el Renacimiento que el arte del hierro alcanza su más acabada perfección y belleza. En el siglo XVI obtiene su carta de ciudadanía jerárquica definitiva. El artista cobra entonces un dominio total del metal al que doblega por imperio de su habilidad y fantasía como si se tratara de una dócil arcilla. Por entonces, se realizan en España algunas de las obras de rejería más famosas del mundo como son por cierto las de las catedrales de Sevilla, Burgos, Granada, Zaragoza y Toledo. Y como las artes madres, esta otra del hierro, tiene también sus maestros y artistas. Cristóbal de Andino, verdadero maestro y aprendiz de brujo del arte de la rejería vivió en España y es la figura más representativa del siglo XVI. Su labor más genial, rica y plena de elegancia y suntuosidad, es la reja de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, ciudad esta en la que naciera el artista.

El descubrimiento de América empieza entonces a importar junto con los hombres de la conquista y personas de toda laya, a los primeros herreros que difundirán y enseñarán su arte convertido en oficio, a las cuadrillas de obreros e indígenas, que levantan en tierras americanas los edificios para las autoridades reales del tiempo del coloniaje.

De aquellos artistas y artesanos de carácter pionero, descienden los autores de



Balcón enrejado.

brevivido a través de edificios públicos y parcalles del Montevideo de espiritualidad y bato. Son rejas que escri-

una de esas rejas parece que hay escondido un ruego, una ilusión, una desventura, una gracia.

Entre ellas nace la leyenda en tiempos de lluvia o en tiempos de sol como naranjas. Por eso entran en el reino de las bellas artes populares. Cada una de estas rejas



Rejas de la fachada de un templo ubicado en la calle Julio Herrera y Obes.



Una de las muestras más finas y generosas de la rejería montevideana las exhibe en su fachada una vieja casa de la calle Colonia y Rondeau. La presente pertenece a un balcón.

debe tener por lo menos una historia escondida. Un golpe de magia parece que las colocó allí, tal es su complicidad bruja con el añejo romanticismo de otros tiempos. Cuando uno mira estas rejas, los virreyes vestidos de encaje y terciopelo; las damas de ojos de moras ocultos tras el duro cambray de sus abanicos; los finos trajes de brocado; los salones poblados de espejos, candelabros y muebles de estilo, no parecen tanto sombras desaparecidas, sino personas

y cosas visibles, aferrados a los barrotes que la realidad de hoy pone entre ellas y la imaginación que concita el ayer.

En estos tiempos desentendidos su delicada poesía está desamparada. En verdad, el siglo XX avanza demasiado para que estas rejas y balcones vayan a sobrevivir mañana.

*J. R. CRAVEA
Fotografías de Antonio Caruso
(Especial para EL DÍA)*

ES la suya una de las figuras de la historia del Uruguay que circula frecuentemente con renombre nacional, y de la que sólo se conocen datos aislados; insuficientes para mostrar con continuidad su perfil biográfico. Y ocurre que siendo elevada su propia personalidad, se le otorga su mayor gloria y difusión, al considerarlo como factor biológico en la paternidad del inolvidable Presidente don Joaquín Suárez. Por ello conviene romper tal monotonía con nuevas luces, y presentarle con los propios merecimientos, pues conociéndolos mejor, se puede también determinar con más exactitud la influencia sobre su hijo.

Natural de la Villa y concejo de Castropol, en la Provincia española de Oviedo —según apuntes matrimoniales—, llega al Uruguay en el último ciclo del gobierno colonial, alistado a la corriente de emigración oficial, anterior al año de 1774 en que se establece en el Partido del Pintado, con una de las primeras pulperías del lugar.

Decretada entonces, bajo el gobierno de D. Joaquín del Pino, la fundación de Canelones, con familias asturianas y gallegas, don Bernardo se incorpora a la naciente población, donde en 1780 aparece avecindado y casado con María Tejera, en la cual hubo, el 18 de agosto del año siguiente, a su hijo Joaquín; por quien tendría estirpe tan numerosa que ya en 1896 alcanzaba —según nota de "El Siglo"— en descendencia legítima, incluidos los tataranietos, doscientas cincuenta y seis personas. En aquel lugar y bajo el magisterio familiar, se forjaron las dotes de rectitud, desprendimiento, voluntariedad y decisión del futuro Presidente, y allí aprendió a venerar y a "servir a las ideas morales y a los propósitos virtuosos que le eran innatos" y le reconocen por vía paterna, Andrés Lamas, Serafín Ledesma, Orestes Araújo y otros. También en Canelones comenzó Bernardo Suárez a ejercer sus primeras representaciones como cabildante en el Ayuntamiento de 1782, y dejó acreditadas la honradez, discreción, benevolencia, desprendimiento y carácter simpático que le dan por cierto los biógrafos del hijo.

Ya al poco tiempo de su llegada al país daba prueba de temperamento inquieto, entereza y patriotismo, alistado en las milicias nacionales que luchaban en campaña contra la rapacidad de los portugueses. Y en virtud de sus servicios, alcanza el grado de alférez del Regimiento de Caballería de Montevideo, con el que figura en 1784. El Tratado de San Ildefonso, fijando el límite entre las posesiones de España y Portugal,

PERFIL HISTORICO DE BERNARDO SUAREZ

no cortaría en realidad los abusos de aquellos y menos los de los charrúas y minuanes, por lo que Azara, atendiendo reclamaciones de los hacendados de la Banda Oriental, sugiere al virrey Avilés para corrección de dichos males, fundar al Norte del Río

rez parte de Montevideo el 5 de noviembre, con ochenta y cinco voluntarios para reforzar las tropas de Abreu, quien lo destacó sobre la ciudad. Sustituido éste en el mando, por defunción, por el coronel Moreno, Suárez se le incorpora el día 8 en Pan de



Don Bernardo Suárez del Rondelo, padre del prócer Joaquín Suárez.

Negro, nuevas poblaciones; que no tardaron en establecerse. Conjuntamente, y con idéntico fin, Bernardo Suárez, "encargado de los dieciséis partidos de la campaña de Montevideo" señala en oficio dirigido el 30 de abril de 1798 a la superioridad, la conveniencia de regularizar la vida de los pobladores de los campos comprendidos entre los ríos Yi y Negro hasta El Cordobés, y de la parte meridional del Negro desde el arroyo Don Esteban hasta el Piray Chico en Hospital hasta la cuchilla general; y de rodearlos de auxilio espiritual. Hacía ya por lo menos seis años que Suárez practicaba la riqueza agropecuaria en Estancia Grande, Fraile Muerto (Cerro Largo) y la vida de campaña le era muy conocida. Por lo que, vueltos los portugueses a la carga, toma parte eficaz en la última guerra contra Portugal y alcanza, dada su valiente actuación, el empleo de capitán graduado de Ejército; con el que serviría al movimiento defensivo frente a las invasiones británicas.

Su conducta entonces es una vez más "digna de especial recomendación", pues la desempeñó con eficacia y ardor. Designado en 1806 para formar la línea de circunvalación de Montevideo con las milicias de campaña, reúne cien milicianos en tres cantones, para impedir el desembarco. Atacado Buenos Aires, al encontrar defendido Montevideo, y preparada aquí una expedición para salir a la reconquista de la Capital, Suárez hizo lo posible por incorporarse a ella, pero el brigadier de la Real Armada, y gobernador Ruiz Huidobro, no se lo permitió en atención "a la necesidad de su persona para la dirección de las caballadas tan precisas a los campos volantes" en que lo tenía empleado y, "desempeñó con el mayor acierto y exactitud".

Después de su llegada, el Virrey lo relevó de dicha comisión y le entregó el mando de una de las partidas de caballería destinadas al bloqueo de Maldonado. Suárez

Azúcar con 99 plazas; pues se le agregó el sargento Turio Verde con 13 soldados más. Ejecuta la guerrilla "vizarraamente" impidiendo, con sus cien lanzas, que los ingleses se internasen. Y hay noticia de que, por dos veces, quitó ganado y caballos a las partidas inglesas que habían salido a buscarlos.

Cuando el general británico anuncia que tomaría por tierra a Montevideo, se encarga a Bernardo Suárez, el 28 de diciembre, de la conservación de las partidas de bloqueo y de reglar sus operaciones por las del enemigo. En consecuencia, al efectuar los ingleses su reembarco, el 14 de enero de 1807, puso su campo en movimiento, y al día siguiente se hallaba ya en el Cordón reunido con varios labradores de Pando, aprestado a la defensa. Actitud que mantuvo con energía y discreción durante el resto de la contienda.

Establecida la paz, Suárez se reintegró a la vida hogareña y al fomento de sus faenas agropecuarias, que alternaba desde su residencia en Montevideo con la representación de cargos públicos.

Por tal motivo, permanece ausente de la ciudad desde mayo a diciembre de 1808, en que se hallaba atendiendo su hacienda y empleado por el Gobierno en la comandancia de San José. Pero a comienzos de 1809 regresa a la capital, pues sale electo Síndico Procurador del Cabildo montevideano. a propuesta, sin oposición, del Alcalde del Primer voto, y en lugar de D. Tomás García de Zúñiga que venía siendo ya sustituido por el Regidor Alguacil Mayor Perpetuo, en virtud de su obrar criminoso.

Bernardo Suárez, recibe y presta juramento del nuevo cargo, en la sala capitular, con las formalidades acostumbradas, el 9 de enero, y a partir de la otra sesión, asiste con regularidad a las ordinarias del Cabildo, que tratan durante ese mes de la aceptación y obediencia a la Junta Central Gu-

bernativa de España como suprema autoridad, de las tomas de razón de Contaduría y de los nuevos atributos heráldicos concedidos a Montevideo en premio al comportamiento frente al invasor británico.

No obstante ese respeto a la Soberanía el Cabildo respondía con gran sutileza, apoyado por el clero patriota y en alianza con la Junta Montevideana de Gobierno, de clarada el año anterior, en coadyuvar a la autonomía de poder frente a las autoridades virreinales, del obispo, y a la supremacía jerárquica de Buenos Aires. Para servir a tan delicada posición política, Bernardo Suárez, como Síndico Procurador, eleva el 7 de febrero a la Junta de Gobierno, un informe detallando los excesos cometidos en el territorio oriental por el prelado Benito de Lué y Riega, desde su Visita Pastoral en 1804, y solicitando para evitarlos en lo sucesivo y poder atender a nuevas necesidades, independencia de la Diócesis de Buenos Aires. Pero en esta oportunidad la pluma del informante anduvo lejos de la discreción que tenía acreditada, y cargó las tintas con tendenciosidad excesiva e incierta en descrédito del obispo. Por otra parte colaboraba, acaso sin saberlo, con los planes secretos y armónicos de Elío (por el Uruguay), con Martín de Alzaga (por Buenos Aires), para vengar el antagonismo jerárquico frente a los realistas españoles y alzarse con el poder; apoyados por las logias inglesas que buscaban con la política y el comercio el poderío rioplatense perdido con las armas. Por este modo insospechado, Bernardo Suárez apoyaba con la pluma, lo que había combatido con no menos ardor con la lanza.

En las sesiones siguientes, los cabildantes tratan del Libro de marcas de ganados, uniformes para los voluntarios de Caballería, y de las solemnidades religiosas de la próxima Semana Santa, hasta el 19 de abril en que Suárez fue sustituido una semana por el Fiel Ejecutor por haberle encomendado la Junta de Gobierno de Montevideo varias diligencias. Entre ellas, la iniciación, en compañía de D. Prudencio Murguiondo, del establecimiento del poblado de San Fernando de la Florida. Reincorporado el 5 de mayo asiste a los Cabildos en que se trata de la festividad de Corpus Christi, regular el precio del pan, remediar los abusos y faltas de la carne, establecer el Reglamento de la Casa Carnicería, el recibimiento del virrey Cisneros, y conocimiento de diversos oficios y rescriptos reales. El 31 de junio presenta, con otros cabildantes, el proyecto de "erigir en los terrenos de propios un edificio para Casa de Misericordia, asilo de huérfanos expósitos, y mujeres desamparadas; noble propósito que se vio malogrado por causas imprevistas", y que acaso constituyesen el motivo por el cual Bernardo Suárez dejó, a partir de esa fecha, de asistir a los Cabildos siguientes; excepto al del 31 de diciembre, en que lo hace para ser sustituido por D. Mateo Gallgo.

Lograda la emancipación e independencia del Uruguay, Suárez es de los españoles que se queda a vivir en el país, dedicado a las faenas de su ya rica y poderosa hacienda. Pero aun entonces, cuando su hijo regía la Provincia como Gobernador Delegado, da nuevamente, ya anciano, pruebas de su patriotismo sin par, y con ocasión de la guerra con el Brasil pone en abril de 1827 a disposición del general Carlos de Alvear, para el consumo del ejército republicano, todo el ganado de su hacienda, "debiendo dar principio por los novillos y concluidos, seguir por las vacas, hasta terminar con el último animal... con la sola condición de serme entregado el cuerambre" —como expresa en su carta, reproducida por de María—. Y en tres meses el ejército consumió un crecido número de aquéllos, pero D. Bernardo no recibió ni quiso reclamar un solo cuero. He aquí la misma actitud que tendría su hijo cuando deseando el país pagarle la ruina en que le dejara su patriotismo, respondió que no cobraba cuentas a su Madre.

Pero como siempre, el desagradecido olvido las cobró en el nombre del castropolense D. Bernardo Suárez del Rondelo, que fallecido el 7 de julio de 1839 en su estancia de Fraile Muerto, yace sepultado en el Cementerio de Melo sin que la posteridad apenas le haya tributado otros lauros que los honores del pinceps retrospectivo, en el óleo que se conserva en el Museo Histórico Nacional.

J. L. PEREZ DE CASTRO

(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA
QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA y
DESINFECTA
SUS PISOS.

CLINICA
DENTAL
YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

LA ISLA GORRITI

madriguera de piratas

LA isla Gorriti cierra la bahía de Maldonado entre Punta del Este y los roquedales de la Sierra de la Ballena. Es, poblada de pinos verdinegros, el complemento necesario y quieto del paisaje esteño.

También en esa quietud irrumpe el turismo despreocupado. Ya el individual del yate que destaca el equilibrio absurdo de su vela en el azul subido del océano, ya la colectiva, numerosa, bullanguera, de la lancha "Tuttie", que hace "excursiones diarias con regreso a la caída de la tarde".

Jóvenes de vestimenta brevísima y turgida, de colores que estallan al franco sol



Temporal en la Gorriti.



Un cañón que en su tiempo pretendió ser defensa de la isla.

marino, cargan de gracia la barca. Ellos las miran. También, fuertemente asidos de la borda, soportan el oleaje de la Boca Chica, la gruesa señora y el señor tranquilo que protege de bandazos el bolso con comestibles y refrescos.

La felicidad de esta aventura tiene una raíz sutil. Se nutre por las amarras de la lancha, que en el desembarcadero, asegura el regreso a Punta del Este, desde esta isla que fue una madriguera de piratas.

Los senderos reverenciales de pinares umbrios, son recorridos hasta el recodo discreto por las parejas ausentes. Son ellas las únicas que endulzan el áspero zumbido del viento oceánico. Ellas también quienes miden el lento ritmo del balanceo de las copas altísimas contra el azul, donde juegan nubes blancas y gaviotas. En mil carreras los niños lanzan gritos sin eco y las buenas señoras y el señor del bolso con comestibles y refrescos, previa fotografía documental junto a un cañón, toman asiento. Aún alguien —seamos objetivos— anuncia a gritos el hallazgo de los restos de una batería, otro del Polvorín, otro del Pozo.

Pero a todos, a las jóvenes de vestimenta breve y colores primarios, a las parejas, a los niños, a las buenas señoras de la cesta ahora vacía, les va penetrando el silencio. Este silencio total de la isla. Cuando el sol, detenido en el horizonte casi, se filtra en el pinar, descubre en los troncos mentidos, barras de oro fulgentes, verticales. Las sombras se alargan gigantes sobre la escendida alfombra de pinocha. El bosque todo está dibujado con tinta china, espesa, contra un cielo rojo que derrama su luz en el mar. Estamos inmersos en una fragancia de misterio y de suspenso. Sin

evocarlos acuden los nombres tremendos de los piratas: Eduardo Fenton el cortesano, Juan Drake el terrible, el ladrón Roberto, David el escocés audaz, Daniel, Moreau...

Nadie da la hora del regreso. Esa inquietud hace que los niños rodeen a sus padres, desmaye el parloteo de los jóvenes y que se desprendan las últimas parejas por las sendas, antes reverenciales y ahora embrolladas.

En esta vieja madriguera de piratas despiertan sus fantasmas.

Comienza a palpar en la bahía la queda luz de la boyta. En la punta de la isla se ha suspendido el corazón verde de la farola. Los faros del Este y Lobos encienden su pulso distinto.

Es entonces que nuestra compañera —con el encanto peculiar de las argentinas— sabedora de nuestra inclinación, nos pide "una historia de piratas verdadera".

Fue en 1607. En el verano de 1607. La vegetación era achaparrada. Cerraba el paso la espina de la cruz, como lo viera aquel bien mandado de Valdés de la Banda, que fue Francisco Fernández. Salado el ai-

re en brazos de las cenicientas palmeras indígenas. Al olor a mariscos se suma el aroma de "las mismas hierbas de España"; el apio, la doradilla, el romero y la mejorana. De la isla al centro, y no sobre la playa, rodean el fuego hombres armados. Otros guardan la lancha en la cual rescatan comida de los charrúas. El capitán, un pirata rochelés, se encuentra perplejo, sin atinar "en lo que había de hacer". Razones tiene. Había apresado el navío "San Andrés" con más de cien negros de Angola, que buscando refugio de un temporal encontró la calma y los piratas en esta bahía. Pero él quería algo más precioso. Quería asaltar todas las naves que entraran y salieran del puerto de Buenos Aires. El mar embravecido le quitó su presa y hubieron de volver a la isla. Nadie quiebra el silencio nocturno, sino el romper de las olas. Hasta que habló David, el más intrépido de los piratas. "Era hombre de hasta cuarenta años, antes menos que más, rubio y flaco, algo fornido y de buena estatura". "Capitán —dijo— dadme quince hombres, los más cojos y mancos de toda la nao, con ellos entraré al puerto hasta el Riachuelo, robaré y prenderé los navíos y gente de la ciudad".

Fue él quien "cerrada la noche, en aquel marzo de 1607, en el puerto de Buenos Aires, en su nao, Nuestra Señora del Buen Aire, sorprende dormidos, seguros y descuidados, a los marineros que el despertar enfrenta con espadas y dagas desnudas". Así lo testifican Gaspar Valero, piloto de la carabela, y Pedro González. Pedro González fue el primero que sintió el frío de la espada pirata en el pecho. Dos horas y más se desangraron los marineros españoles heridos. El señor Gobernador, por entonces, Hernadarias de Saavedra, quieto, sosegado y sordo, recibe en su casa la noticia del asalto. Va al fuerte. Sonos de trompetas y tiros de arcabús despiden al pirata, que con rico botín en la carabela robada, ya sale del puerto. Era la media noche.

Gran recibimiento le hizo el resto de los piratas a David. Nos lo dice el prisionero Alonso Franco. Por él también sabemos, de la burla que hiciera el pirata, a su regreso, al desolado Esteban Díaz, dueño del San Andrés robado y hundido ya. Alcanzándole una botija de vino le dice, riendo y bebiendo a la vez: "Aquí te traigo otro navío mejor que el tuyo, no tengas pena, y si quisiera haber tomado a Buenos Aires, pudiera".

La entrada al puerto iluminado devuelve los fantasmas a las sombras. He recibido como precioso premio de mi relato, el temor de la dama. El la ha acercado lo suficiente para imaginarme que su nombre es doña María Garrillo y yo don Hernando de Vargas... Pero esa es otra historia de piratas.

Francisco SUGO MONTERO

Delicias, febrero de 1960.

(Especial para EL DIA)

DEL MUSEO HISTORICO NACIONAL

Montevideo, enero 5 de 1961. — Señor Director del diario EL DIA, Sr. Jorge Pacheco Areco. — De mi mayor consideración: Rúégole la publicación de las siguientes líneas aclaratorias.

En el Suplemento de EL DIA aparecido el día 31 de diciembre pasado se publicó un artículo intitulado "Los Comisarios de la Unión hasta 1928" suscrito por M. Ferdinand Pontac en el cual se expresa que en 1853 José Visillac, primer comisario de órdenes de la jefatura del Cerrito, "fue sustituido por el Coronel Salvador García, secretario del general Oribe en la campaña de las Provincias, puesto que había abandonado por no transigir con el trato inhumano que daba a sus prisioneros." A continuación agrega: "La versión escrita que dejó de esa campaña y de la del Cerrito, estuvieron hasta hace un tiempo en casa de Lavalleja, calle Zabala, de donde desapareció la segunda prestada por el doctor Salvador García Pintos a un primaz de su partido".

Debo declarar que de la Biblioteca y Archivo "Pablo Blanco Acevedo" que se custodia en la Casa de Lavalleja —dependencia del Museo Histórico Nacional— no ha desaparecido el manuscrito a que hace referencia M. Ferdinand Pontac en el párrafo transcrito. Desde el año 1943 en que se libró al público la consulta de los libros y el archivo del Dr. Pablo Blanco Acevedo —que fueron donados al Museo por su viuda, la señora

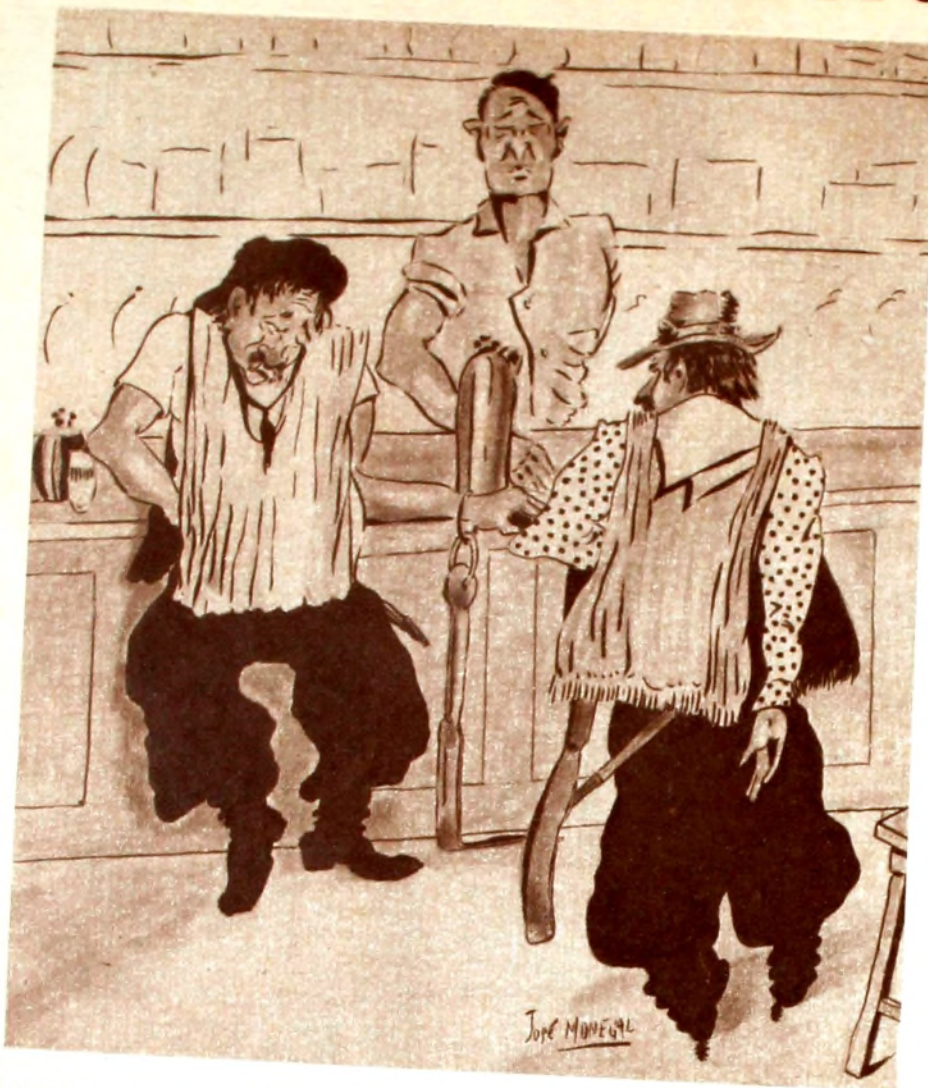
Rosina Pérez Butler de Blanco Acevedo el 28 de octubre de 1942— se guarda allí el "Diario llevado por el Coronel S. García, del Estado Mayor del General Dn. Manuel Oribe correspondiente a la campaña en las provincias argentinas en 1839 y en la República O. del Uruguay en 1842 y siguientes— Escrito en clave", señalado como el tomo 70 de la Colección de Manuscritos. Así aparece en el inventario respectivo y en el Catálogo de Manuscritos del Museo Histórico Nacional, publicado en el año 1958, pág. 15.

Este tomo consta de 199 fojas que fueron ordenadas por el Dr. Blanco Acevedo en catorce cuadernos, caratulados de su puño y letra. En la portada correspondiente al último cuaderno del diario que llega hasta abril de 1842, el Dr. Pablo Blanco Acevedo estampó de su puño y letra y bajo su firma lo siguiente: "Nota: en mi poder existieron algunas páginas más de este diario las cuales desaparecieron debido a causas ajenas a mi voluntad".

Queda pues así aclarado que de la Casa de Lavalleja no desapareció la segunda parte de la crónica del Coronel Salvador García como se afirma en el artículo que comentamos, segunda parte que nunca llegó a integrar la colección que pasó a custodia del Museo después del fallecimiento del doctor Blanco Acevedo.

Muy agradecida a la atención que el Señor Director preste a esta aclaración lo saluda muy atentamente. — María Julia Ardao, Sub-directora.

CONVERSACION IMPORTANTE



DOMINGO, hora siete de una tarde de febrero. Pulpería de Isidoro el Zurdo. Un paisano se apea y ata el caballo en el palenque. Y en el mismo instante que traspone la entrada sale otro con una carga de caña, entre pecho y espalda, como para burro de contrabandista. El que entraba iba de un sol deslumbrante; al encuadrarse en la puerta la sombra interior le veló los ojos; y el que salía, por ir con un rosario de vasos, ya los llevaba turbios. De ahí que la pechada fue recia. El primero dio un traspies y marchó escalón abajo, casi junto el lomo con la tierra del camino; el otro se fue reculando hasta el mostrador trazando un dibujo de esos quebradas, realizando, no él, sino sus piernas maestras en esos lances, una secuencia de equilibrios que la envidiara un pruebista de circo. Y en el mostrador quedó clavado. El primero se enderezó allá afuera y después entró al comercio. Y dijo con voz gangosa — que era como un gruñido impresionante:

— ¡Hay vivientes con los ojos muy desacomodados! ¡Güenas tardes!

El segundo no había aún podido poner derecho el cuerpo, tenía los codos clavados en la tabla. Se dio por aludido y respondió:

— Güenas tardes. Este... ¿Por quién dijo eso de los ojos, don?

— ¿No fue usted el que recién me quiso repuntar como carpincho al arroyo? Porque en cuanto asomé alcancé a ver un ponchito pelo e'gato pajero y un pañuelo color cotorra vieja... que son los mesmos que usted lleva...

— ¿No tiene más bichos pa nombrar? Mire don: sólo en lo del carpincho estuvo acertado. Porque las comparancias del poncho y del pañuelo...

— ¡Güeno, güeno! ¿Fue usted el que me metió el encuentro?

— Yo iba saliendo y se me cuadró uno como güey atravesao en la portera, con una camisa puntiada a lo angolista y un sombrero más quebrado y mal hecho que nido e'pirincho... más o menos como los que usted trae...

— ¡Y a veo que también tiene sus bichos!...

— ¿Y cómo no? Pero...

— ¡No siga! No llegué pa discutir con naides. A ver, pulpero, sírvame una ginebra doble y un triple de agua, que sea fresca.

— ¡Párese! Si cree que la cosa va a quedar asína...

— ¡La cosa va a quedar asína pa ande usted enderece! Pero de favor le pido que acomode la tranca primero. Y no se haga el malo, vea que en cada pata le pesa más de una limeta e'caña; y ese es peso que no se lomea.

— ¡Tal vez tenga razón, amigo. Pero mire: la caña la pagué yo pa matarme un antojo. ¡Y no es ningún piñón de barril o de chiquero que le va a poner cartabón a lo que trago!

— Ya le dije, amigo...

— ¡No soy su amigo, prenciemos por eso! Lo que tiene que despuntar es lo de la pechada con el encuentro, que no soy matungo; hombre ande piso, ande como, ande duermo...

— Yo creo que es hombre na más que ande chupa. Pulpero, lléneme el vaso...

— También ande chupo. Pero diez limetas en cada pata no me van a desnortiar como pa privarme de recostarle el talero en la cabeza, que parece mate brasileiro por lo grande y güeca. Asína es que vaya aclarando lo del matungo o va a saltar un malambo a son de lonja.

— ¡Paciencia, dijo el viejo Caneca tallando al monte, y dedos finos pa cinchar! La garganta me está quedando como punta

e'zanja de tanto hablar al ñudo. Mire, compañero: con lo que me ha dicho, si no lo viera más sin rumbo que cometa sin cola ya se lo había cobrado, no a puñal, sino a vaina, porque nunca maté borrego apestado. ¡A ver, pulpero, déjeme otra ración en el vaso!

— Supe conocer al viejo Caneca que usted nombró, un viviente tan chanchito que, cuando cinchaba, los naipes chillaban como lechones, de untarlos con jabón negro; por eso jue que amaneció con las tripas sobre el tapete... Pero con eso no me ha dicho nada. Porque lo de la vaina me ha sonao como compuesto e'payador, no sé si me entiende. Si usted colije, o piensa, o sueña con eso, es que ha dejado sus cosas arregladas y traspasao hijuela y hacienda...

— Pulpero, déjeme el porrón a mano. En cuanto le llegue al plan del fondo se lo abollo en los pelos a...

— Déjale el porrón, Isidoro; a lo mejor se lo hago tragar con plan y todo. Y mirá: servime otra porque las que tenía se me están diendo cabeza abajo y eso es güena señal.

— Esa va de mi cuenta; siempre que juí a los velorios pagué los licores. Vea, aparcero: vuelque ese vaso, toque pa juera, y monte. La tardecita va cayendo y la fresca le va a hacer bien. Es consejo de amigo, aunque no lo sea.

— Nunca conocí hombre aconsejador que valiera una cerda de crin. Porque le he contado ya seis ginebras que se le han perdido jeta adentro y si sigue en ese trote va a quedar ardiendo como chivo de sierra...

— La mula le dijo al burro: o reculás vos o reculo yo.

— Mire don: si entiendo lo que ha querido decir macaco me lamba el ojo.

— ¿Cómo va a entender, que si don Isidoro lo exprime le saca pa poner otra pulpería?

— ¡Ya le dije que dejara mis cañas quietas! Pero amigo... le ha dao por reparar en los humos que tal vez se me vean porque no soy hombre de andar escondiéndome como mascarao zongo, y no soslaya los ojos pa ver lo que ha ido tragando, que ya me va dando la guía de su marca. Yo chupo asígn día y sitio; pero usted, por el repique que lleva es como cura cantando misa. Y pa acortar el rosario: que no ha de pasar de un borracho sin yel, y por encima veedor de lunares ajenos y no de mataduras en propiedad.

— Vea, don: le oído con todo respeto las sartas acollaradas que ha largao. Y le viá aclarar esto: soy tomador pero no borracho. Tomo en ocasión de estar alegre y pa alegrarme más, y no cuando me corta el camino algún lagarto o alguna culebra, pa tratar de no verlos. Y yel tengo, y de güena marca, criada en un hígado que ningún guapo lo enfrió nunca ni nunca lo encogió. Ya le dije que si no le he cerrado, ni le cierro, la boca de un vainazo es respetando la tranca que le pesa, que lo ha deiao como negra liviana con zueco nuevo llevan-

do un atao de ropa mojada sobre las montas. Y más le viá decir: soy medio forastero, vengo de paso, voy a abrazar un tío que vive de aquí una legua, a quien no veo hace años, y al que lo tengo por sobre todos los hombres de tanto como lo quiero y debo. Que si no juera por esta razón, con tranca o sin ella, con atao y demás, hacia rato usted le estaba sintiendo el gusto al piso después de haberse tragao ese pucho que se le pegó en la trompa, y que le está dejando el bigote como pa matar garrapatas de la nicotina con que lo está untando. Sírvame otra, don Isidoro.

— Vea, compañero, que la ginebra le ha empezao a hervir el porongo. ¡Porque se ha puesto fantástico en el hablar! Se supondrá que le hago tanto caso a lo dicho como al primer aperici que siendo gurí ensarté en una aguja colchonera. Dice que va pa una legua adelante ande tiene un tío. A lo peor perdió el rumbo, porque una legua adelante sólo hay una casa, y el que regentea esa casa, si usted le hubiera salido en la parentela, ya se había reventao los sesos con una Lafuché que tiene, de dos caños... y desculpe, mire que no le hablo de fino porque es mi padre.

— ¿Asina que su padre sabe ser Secundino Birriel?

— Si señor.

— ¿De modo y manera que usted viene a ser Loreto Birriel?

— Si señor.

— ¿Y su padre no se ha levantao la tapa de los sesos entodavía por tenerlo de hijo?

— No señor.

— No sé por qué, entonces, se la iba a levantar por tenerme a mí de sobrino.

— Asína es que... ¿De manera y modo que usted es Ceferino Birriel, al que le decíamos gato viudo porque siempre andaba enfurruñado?

— Si señor.

— ¿Y por esa causa es que yo tengo que caír en ser su primo?

— Si señor. Porque aura le he visto bien ese ojo medio zarco que usted lleva, por el que lo nombrábamos dende chico de ojo enlunao...

— Isidoro: destapá otro porrón y otra limeta. No viá tener más remedio que dar un abrazo a este viviente, y sólo mesmo poderé hacerlo con la cabeza cargada.

— Levante esos tapones, don Isidoro. Me viá ver en la necesidad de apretarme contra este cristiano; y sólo con una fieblina en los ojos y na más que por ser hijo de Secundino Birriel y yo sobrino del mismo...

— Isidoro, servite vos también, ayudanos en el festejo.

— De las dos me voy a servir; mesmamente sólo haciendo un ojo e'gallo viá pasar la trenza de disparates desaforaos que se han dicho...

José MONEGAL

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)



Espectáculo teatral y reparto de juguetes realizado en el Jardín de Infantes N° 2, del Consejo del Niño, con la actuación de los integrantes del nuevo Teatro Circular, bajo la dirección de España Andrade, en la representación de "Brujita Buena."



Grupo de alumnos frente a una parte de juguetes que recibieron en la fiesta tradicional de los niños.



Fachada del viejo hotel mencionado y que se halla ubicado frente a la plaza principal de Treinta y Tres.



Diligencia, frente al Hotel Peral, Treinta y Tres. Fotografía de principios de este siglo. (Museo Histórico Nacional).

CASAS DE TREINTA Y TRES

LA ciudad de Treinta y Tres tiene un aire de juventud. Su trazado simple, en damero, tan apartado de las antiguas ciudades o de los villorrios europeos que parecen haberse erigido sobre la rayuela juguetona de los niños, abre el ámbito a la perspectiva y a los vientos. El sol se le hunde hasta la medula y el arbolado de sus aceras semeja un seto espeso que se pierde en el horizonte.

Es una ciudad que, recién ahora, parece despabilada a las exigencias modernas. Aquel español amigo de nuestra familia que exclamaba con su sarcasmo: "Ay Treinta y Tres que nunca serás treinta y cuatro!" acaso hoy accediera a elevarle jerarquías... El confort y la arquitectura ubican a Treinta y Tres en 1960 aunque, para ser veraces, ello sólo ocurre en el casco ciudadano. Se nos ocurre que, en el fondo, los treinta-tresinos raigales no están en absoluto convencidos de que su vida va a ser más linda (¿cómo se oye allá este adjetivo desmonejado en otras partes!) moviéndose sobre suelos plastificados, entre sonidos estereofónicos, imágenes televisadas, ni sentándose en poltronas existencialistas... Por eso andan sin apuro no dejándose ganar por novelías. De nuestra infancia al presente la Calle Real —la principal, pues lleva el nombre del Jefe, Juan Antonio Lavalleja— ha ido agregando sólidas o ricas edificaciones. Pero conserva las vetustas y humildes y, acaso, la más vieja del lugar si es verídica la fecha inscrita en su ochava (1856), el comercio de Juan Hontou. Anterior, sin duda, al "altílo" de Acosta, a pocas cuadras más abajo, la primera comisaría de fuste que logra aquella población acostumbrada a tener sus presos en los cepos al aire ejemplarizante de la plaza pública.

En esta Calle Real dos casas ponen énfasis. Una es la llamada Casa de Urrutia que fuera hecha elevar por el propietario, el escribano don Lucas Urrutia, personaje destacadísimo de Treinta y Tres. La otra, sede del Museo Departamental, conocida por "Hotel Nieto" y que en su origen fuera el "Hotel Peral" de Sotelo y Ron, terminal del viaje en diligencia de y a Montevideo.

No se puede hablar de la historia de la ciudad de Treinta y Tres sin nombrar una y otra vez al escribano Lucas Urrutia. Y, al hacerlo, provocar enconadas polémicas y juicios dispares. No es la oportunidad de hablar de este hombre, de su misión y de su obra, sino de traer a luz su vieja casa patriarcal que, curiosamente, también ha provocado historias enojosas.

Hasta hace un lustro, y desde añares, se aposentaba allí el Correo. El Correo, para quien ha vivido en un lejano lugar del campo, es siempre un centro de emoción, respeto, sugerencias. Las oficinas centrales estaban en aquella casona que había sido un poco abatida y remodelada en sus habitaciones para servir las múltiples necesidades postales. Pero mantuvo siempre su fachada de sólida elegancia que mostraba el señorío de un prócer. Claro está que las gentes lugareñas sabían más o menos su filiación, estaban acostumbradas a su presencia, y se hacían indiferentes a todo cambio efectuado en el edificio. Eso nos ocurre a todos con lo que es de nuestro diario conocimiento. La hechos cobran jerarquía verdadera con perspectiva de tiempo y distancia. Fueron los hijos de Treinta y Tres que, desde su cultura y su nostalgia, su alejamiento en

Montevideo, dieron el alerta y solicitaron se vigilara ese rico testigo del pasado heroico. Nosotros mismos —que nos enorgullecamos llamándonos "nietos de Treinta y Tres"— redactamos con el Dr. José Gorosito Tanco un proyecto para declarar a la Casa de Urrutia "Monumento Nacional". Muchas razones había y hay para salvarla del olvido, del manoseo, de la demolición.

Según reza la fecha del frente fue erigida en 1880 (es contemporánea de la Casa de Gobierno montevideana, por ejemplo) y su aspecto no ha sido cambiado ni en un ápice desde entonces, en lo que respecta a fachada y cancel, patio interior principal en que luce, lateralmente, una preciosa escalera en caracol de hierro trabajado por la que se subía a la azotea vigilante. Es de una avanzada arquitectura de la época, alargada en una planta, de cuidado ornamento y nobilísimos materiales. En los detalles se puede observar el gusto si se quiere un poco ostentoso del dueño. Se ha dicho, con acierto, que Lucas Urrutia fue por su ansia de mejoramiento, por su afán de empresa y brillo, su lucha desbordante, el Rivadavia de Treinta y Tres. Esta mansión se disimula hoy entre propaganda comercial y artículos de tienda pero quién no ha de sentirse maravillado al imaginarla con su lujo en la Villa de los Treinta y Tres, en 1880, cuando el primer teléfono sería instalado sólo 11 años después, el Olimar se cruzaba en balsa, no había más imprenta que una pequeñísima "Minerva" y la escuela pública apenas inauguraba un local de comodidades mínimas! Delante de tan magnífica puerta elaborada a mano, con madera afiligranada y bronce pesados no había acera sino una calle de tierra apisonada y flanqueada por pocas casas de material, casi todas con techo de teja a dos aguas. Dentro, el zaguán

se cerraba con trancas voluminosas protegiendo una cancel de marco trabajado, gruesos cristales y el resto de la casa. Los matrones solían entrar al pueblo y hacer sus visitas. El famoso "Paraguay" andaba cerca.

La familia disponía de enormes aposentos rodeando el primer patio y desplegándose hasta el fondo amplio, lugar de ocios y descanso, poblado de plantas, árboles, pájaros y sobre el que lucían los ángulos de los techos de la iglesia vecina.

Fueron célebres las reuniones y saraos ofrecidos por el dueño de casa en años y años. Allí se alojaron hombres de prosapia, ilustres viajeros como el Dr. Carlos Ma. Ramírez que fuera a inaugurar el monumento a Lavalleja en 1887. No debe olvidarse que, aprobándolo o no, Lucas Urrutia fue el gran señor del Treinta y Tres primero a quien el título universitario daba ventajas sobre otros ilustres varones del lugar.

Idéntica también en su fachada se conserva la otra casa, el antiguo "Hotel Peral" posterior en unos cuantos años a la Casa de Urrutia. Pero fue de las primeras edificaciones de material, ocupando un predio junto a la casa madre de Treinta y Tres, la primera de todas, la de don Miguel Palacios de principios del 55. En este baldío, Oliveres había llevado hermosos caracoles para criarlos entre hinojos y tener así suculenta provisión para su mesa. Parece que el lugar estaba destinado a saciar el apetito. Allí mismo se elevó el vasto hotel de Sotelo y Ron, españoles que le dieron el nombre del submarino hecho célebre en la guerra de Cuba: "El Peral". La fotografía actual y la de principios de siglo ofrecen una evidente similitud.

No hemos sabido quién dirigió los trabajos, pero es este un edificio de mucha jerarquía de dos plantas sólidas y, lo que

se ha dado en llamar hoy día, funcional...

Se puede discrepar con el gusto de quien ornamentó la fachada, pero es indiscutible que quien fuere conocía el oficio y ciertas reglas clásicas de arquitectura. Las ventanas de planta baja llevan banda lisa, pero las superiores tienen sobrepuesto el frontón propiamente dicho y su variante curva, alternados. En la parte superior, la balaustrada de la azotea exhibe en la parte central un motivo de guerrero ecuestre que puede haber sido colocado por mero gusto o como un detalle patriótico.

Siendo "El Peral" el único hotel de la ciudad, allí se detenía la diligencia que había comenzado los viajes a Montevideo, regularmente, desde 1866 (hubo un servicio de corta duración en el 61) y, para mayor abundamiento, cobrando la friolera de \$ 15. En su puerta generosa y amplia se reunía la gente que aguardaba a sus viajeros o sus huéspedes, los dueños y hasta los empleados; la llegada de la diligencia era una fiesta emotiva. Ella era portadora, además, de la gran bolsa del correo que, según testigos, se llevaba casi procesionalmente a las oficinas para que, una a una, anunciadas en voz alta, las piezas postales fueran reclamadas por sus destinatarios.

¿Qué suerte correrán con el tiempo estos dos testigos del Treinta y Tres inicial? No lo sabemos. El primero es propiedad privada, el segundo fue adquirido por una institución bancaria. En cualquier momento y haciendo uso de sus legítimos derechos, los propietarios podrán hacer abatir estas casas. Las autoridades departamentales deberían tomar cartas en el asunto y salvaguardar estos jirones del tiempo épico y lírico.

Rolina IPUCHE RIVA

(Especial para EL DIA)



Cancel y patio de la casa de Urrutia.



Detalle del antiguo hotel "El Peral".



Frente actual de la casa de Urrutia.

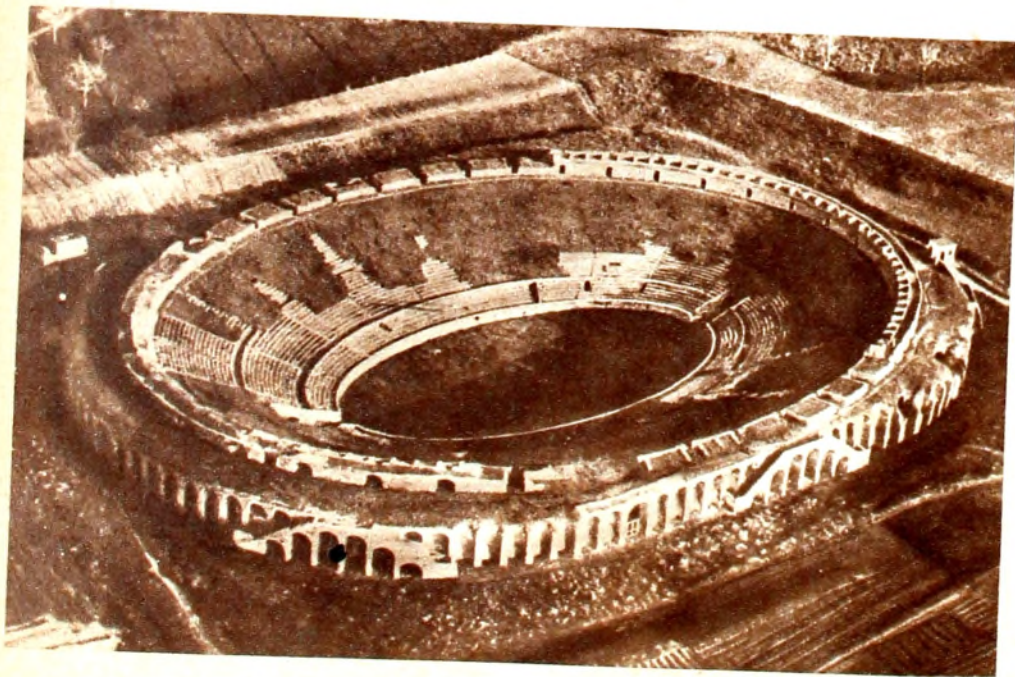


La llamada calle de Mercurio (la nomenclatura de las calles de Pompeya es moderna) que tiene una dirección Norte-Sur y que corta uno de los barrios con trazo más regular de la ciudad. Tiene en uno de sus extremos un arco llamado de Calígula; en el otro se encuentra una de las torres de las murallas; de lo alto de ésta se ha tomado la presente vista.

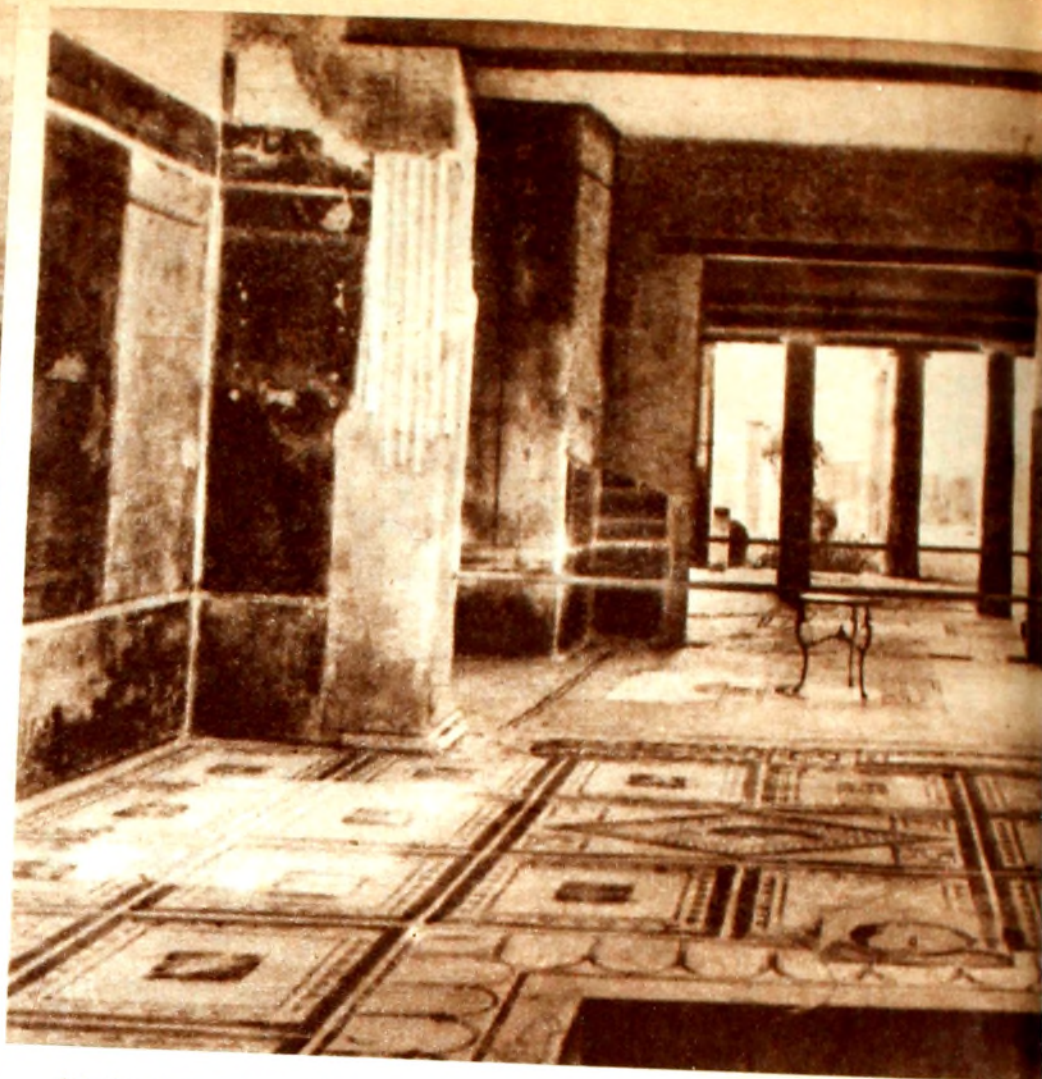
La carta de Plinio el Joven a Tácito que viéramos en artículo anterior (18 de diciembre de 1960), tiene su complemento en otra (VI, 20) del mismo escritor a igual destinatario. En esta última carta el testimonio sobre algunas fases del fenómeno es

más directo, ya que ella nos transmite la propia experiencia del autor.

Mientras Pompeya era destruida, ¿qué pasaba en Miseno donde se quedara Plinio el Joven en casa de Plinio el Viejo, hermano de su madre, mientras su tío, en calidad



El anfiteatro de Pompeya. Es el más antiguo que se conoce. En su arena la tarde del 24 de agosto habría habido espectáculo de gladiadores si el Vesubio no se hubiese despertado en aquel mediodía. Fue en este lugar que tuvo lugar el trágico encuentro del año 59 entre dos grupos de espectadores que causó numerosos muertos; hecho que hizo que el Senado castigara a Pompeya clausurando por diez años su anfiteatro.



Interior de la casa de Menandro. Llámase así porque en una de sus paredes existe el relieve que representa a Menandro. En este caso se encontró un hermoso servicio de mesa en el Museo Nacional de Nápoles. Nótese en el primer plano la piscina abierta en el suelo que caía de una abertura en el techo ("compluvium").

PLINIO EL JOVEN,

de Comandante de la flota del Tirreno, saliera con varias naves a prestar socorro a las víctimas de la catástrofe?

"Plinio a su querido Tácito, salve."

"Durante varios días se tuvo como presagio una serie de temblores de tierra que no produjeron mayores inquietudes porque ellos son comunes en Campania; mas en aquella noche (la del 24 de agosto del año 79; Plinio el J. habíase quedado en Miseno entregado a su labor literaria no obstante haber comenzado la erupción del Vesubio al mediodía) los temblores fueron de tal fuerza que todo más que moverse parecía dar vueltas. Mi madre se precipitaba en mi cuarto cuando yo por mi parte me había levantado con intención de despertarla. Nos sentamos en el patio de la casa... No osé cómo calificar mi conducta, si de valiente o de indolente (tenía entonces dieciocho años); me hice dar un libro de Tito Livio... me puse a leer y a sacar apuntes... Estaba en ello cuando llegó un amigo de mi tío; había venido recientemente de España y quería verle. Encontrándome sentado igual que a mi madre y viendo en mis manos un libro montó en cólera contra la pasividad de ella y contra mi indolencia...

"Era ya la primera hora del día (25 de agosto) y la luz se presentaba incierta y como enferma; aunque estábamos en lugar descubierto, el agrietamiento de las construcciones en el estrecho lugar en que nos encontrábamos, nos amenazaba de graves e inevitables peligros en caso de derrumbe. Fue entonces que resolvimos salir de la villa.

"Una vez fuera de la casa tuvimos grandes sorpresas e inmenso pavor. Los vehículos que habíamos hecho traer aunque estaban sobre un terreno liso no avanzaban sino de costado, y a pesar de ponerse piedras, como lastre, no se quedaban en su lugar. La mar la veíamos retirada y como empujada por las sacudidas de la tierra. La ribera se había ensanchado y veíase sobre la arena seca una multitud de animales marinos muertos. Del otro lado una nube negra y aterradora cargada por los vapores incandescentes for-

"mando sinuosidades y zig zag, se abría para dar paso a largas lenguas de fuego; estas últimas se parecían a los relámpagos pero eran más grandes.

"En aquel momento volvió el amigo de España del cual te hablara antes e insistió vivamente: '¡Si vive vuestro hermano, si vive vuestro tío, él quiere que os salvéis; si ha muerto, ha querido que le sobreviváis! ¿Por qué tardáis en emprender la fuga?'

"Poco después la nube descendía a tierra y cubría la mar... Entonces mi madre se puso a exhortarme y a ordenarme a que huyese... yo le contesté que me salvaría con ella. La tomé por el brazo y la obligué a acelerar el paso. Lo hacía con dificultad y se acusaba de ser causa de que yo me fuese quedando rezagado. En ese momento ya caían las cenizas, aunque todavía no muy espesas; volvíme y vi una enorme nube negra y espesa que avanzaba a nuestras espaldas semejando a un torrente que se hubiese desparado sobre el suelo siguiéndonos. Dejémos el camino, dije, mientras hay claridad; no vayamos a caer y a ser aplastados en la oscuridad por la caravana de fugitivos. Apenas nos habíamos sentado se hizo noche; no la noche que se tiene con la ausencia de la luna y tiempo nublado, sino aquella de un cuarto cerrado y con la luz apagada. Oíase el gemido de las mujeres, el llanto de los niños, los gritos de los hombres; unos buscaban, llamando, a sus padres y a sus madres, otros a sus hijos, a sus mujeres y todos tratában dose de reconocerse por la voz. Algunos deploraban su propia desgracia, otros las de los suyos. Había quien, por terror a la muerte, llamaban a la muerte. Muchos levantaban las manos a los dioses; los más decían que ya no existían dioses y que esa noche sería eterna y la última del mundo.

"Cuando una débil claridad apareció, no la tomamos por claridad del día, sino como señal del fuego que se acercaba. Felizmente el fuego se detuvo a una cierta distancia y de nuevo volvieron las tinieblas comenzando otra vez a caer las cenizas.



Parte de la estupenda decoración que adornaba una sala de la "Villa dei Misteri". Inmensa pintura por su calidad, por su extensión y su atmósfera religiosa. Es un grandioso testimonio del alto grado a que había llegado el arte pictórico de la época. La humanidad no verá obras de tanto vuelo hasta la llegada del Renacimiento.

JOVEN AQUEL AGOSTO DEL 79

hasta nuestros días, veamos ese parto esplendoroso que a la luz del luminoso sol de la Campania nos entrega casi intacta una ciudad viviendo su mediodía del 24 de agosto del 79.

Luis BAUSERO

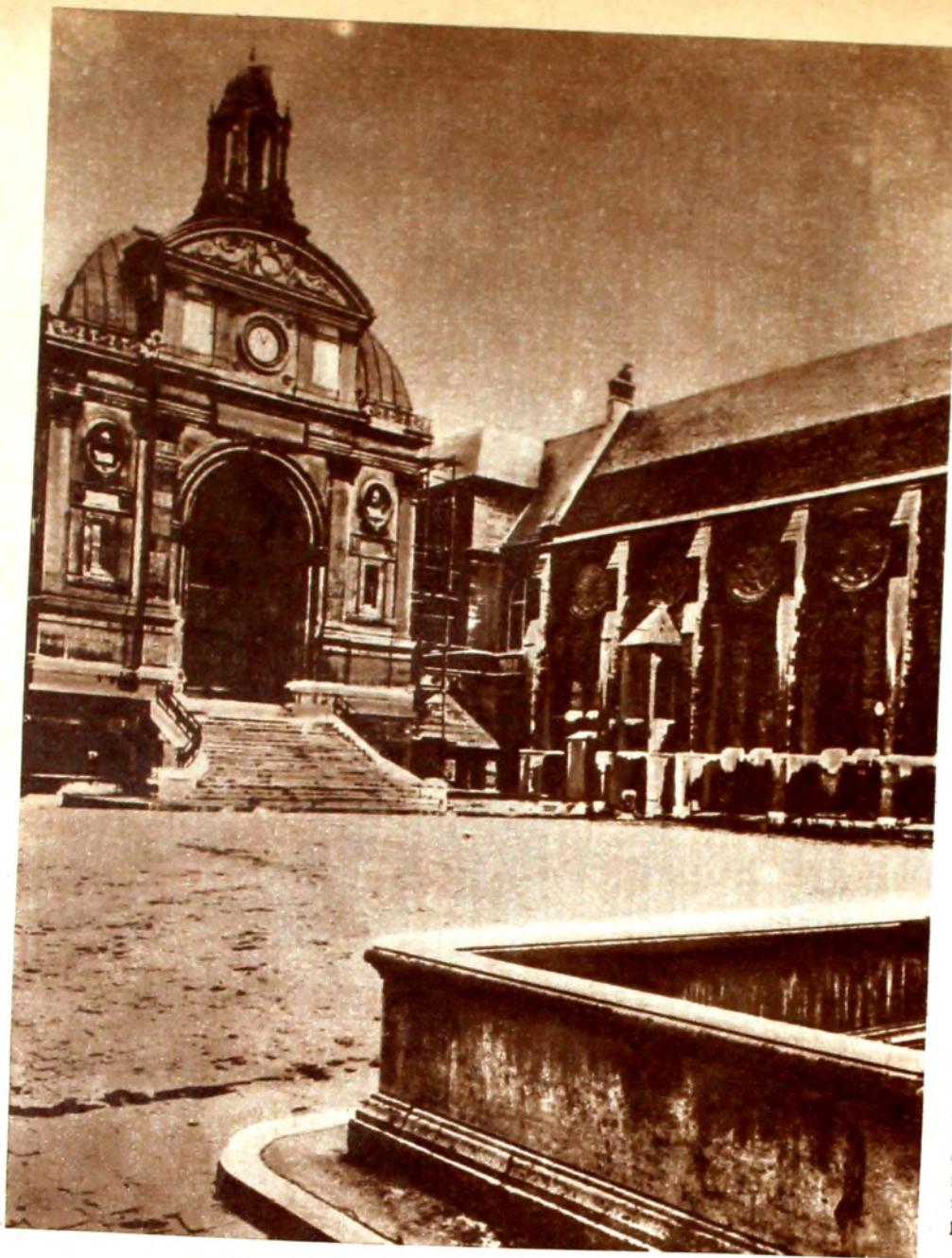
(Especial para EL DIA)

llame pátina o color pompeyano al que presenta el bronce con tintes verdes; y pátina o color herculanense o de Herculano, al aspecto negruzco o decididamente negro del mismo material.

Como nuestra meta es Pompeya, volvamos nuestros ojos a ella y veamos con más detalle cómo el Vesubio la envolvió en un abrazo de amor, de muerte y de silencio para que mil seiscientos años después y



Se ha hecho posible que en las tibias noches del golfo de Nápoles se pueda visitar la silenciosa ciudad; una iluminación suave, sugestiva convierte Pompeya en un mundo de magia.



Conservatorio de Artes y Oficios (estado actual).



Dr. Joseph Fayet.

EL Dr. JOSEPH FAYET Y UN LIBRO HISTORICO-CIENTIFICO

"La Revolución Francesa y la Ciencia" es, como han señalado autorizados críticos europeos, "obra de historia que honra a su autor", "libro sólido e instructivo que llena una laguna de nuestra bibliografía histórica"; y un rápido éxito que conduce, a pocos meses de distancia de la primera, a una segunda edición, confirma el aplauso del público francés.

Ese libro, y esto nos importa señalarlo, terminó de escribirse en el Uruguay. Pues su autor es el Dr. Joseph Fayet, primero Agregado Cultural y más tarde Consejero de la Embajada de Francia, desde hace muchos años. Años a través de los cuales ha sabido conquistarse admiración, estima y simpatía, al punto de que pocos diplomáticos franceses de los últimos tiempos han gozado de una popularidad más cordial, que es también reconocimiento a sus dotes de gran señor y a una cultura vasta, receptiva, ágil, de firme y luminosa estructura humanística.

*

La repercusión universal de la Revolución Francesa marcó un hito formidable en la historia de las libertades humanas, hasta ser tomada como punto de partida de las

modernas conquistas de los derechos del individuo y de la organización de las instituciones democráticas. Pero fue sobre todo en la significación política que ella alcanzó, en lo que se han detenido con preferencia los estudiosos. El aspecto cultural, el estado de la ciencia, la literatura o el arte, quedó generalmente en segundo término.

Es cierto que siempre se pone el énfasis en lo que aportó el siglo XVIII francés, por medio de los filósofos y los enciclopedistas, que fueron abonando el terreno para las ideas nuevas; movimiento, aquél, cuyas cumbres más visibles fueron Montesquieu, Voltaire, Rousseau; movimiento que en el llamado "despotismo ilustrado" tuvo la culminación de una modalidad de la cultura. Pero poco se ha particularizado el camino que artes y ciencias recorrieron en los años revueltos y reivindicatorios de la ola revolucionaria. Aquí estriba el mayor mérito, la mayor originalidad del estudio erudito del Dr. Fayet.

Observa Mathiez que "no es en un país agotado, sino por el contrario, en un país floreciente, en pleno auge, en el que estallará la Revolución". En ese florecimiento tuvieron, innegablemente, su parte preponderante los hombres cultos, y el adelanto alcanzó una plenitud auspiciosa, al amparo de instituciones que gozaban de protección real; lo que hizo ver en ellas más adelante, una encarnación de los privilegios y una sobrevivencia de formas aristocráticas, que motivaron la encarnizada persecución de los hombres de la hora nueva, hora surgida del simbolismo que se vio en la toma de la Bastilla.

En la introducción del libro, el Dr. Fayet subraya lo que descubridores e inventores hicieron en los cuarenta años previos a 1789 para llevar la ciencia francesa a la vanguardia de Europa. En fisiología, biología, ciencias naturales, astronomía, geodesia, mecánica, cristalografía, el acervo es inmenso y valioso. Pero los hombres del 89, ciegos en su afán de anular el pasado, de igualar cimas, de nivelar los altibajos sociales, de terminar con todo cuanto les recordaba despotismo y abusos, introdujeron el caos también en las corporaciones científicas. Las grandes instituciones habían nacido a la sombra de la monarquía: el Jardín del Rey, el Observatorio, la Academia de Ciencias. Cuando la marea de la intolerancia busque derribar aquellos testigos del viejo sistema en los que se sigue viendo un peligro, no faltarán sin embargo consejos prudentes, que el clamor del odio no deja oír; será Daunon en julio de 1793, será Boissy d'Anglas en febrero de 1794, que exhortarán a los Convencionales a salvar los declinantes organismos. Y no se les escucha. Pero el futuro demostrará cómo son de tenaces las raíces del espíritu, capaces de resurrección cuando se creían agostadas.

SE dijera difícil poder introducir novedades en la copiosa bibliografía que suscitó el análisis de la Revolución Francesa. Sin embargo, aparece en esta segunda mitad del siglo XX, un denso ensayo que trata, en forma original, el aspecto menos conocido, apenas motivo de referencias breves, por lo general, del estado y desenvolvimiento científico de Francia, en el turbulento período que va de 1789 a 1895. Libro escrito con pasión que no excluye el método, ofrece a la vez seriedad científica y estilo depurado.



Primera sesión del Instituto, el 4 de abril de 1796. (Dibujo de Girardet, grabado por Berthault.)

RECUERDE UD.

MODERNOS PLACARES!!
PARA COCINAS

ADAPTABLES A CUALQUIER
TIPO DE PUERTAS NACIONALES
Y EXTRANJERAS

Marca
"JISSA"

ELEGANTE Y
FINA TERMINACION

EN VENTA EN
LAS BUENAS
CASAS DEL
RAMO

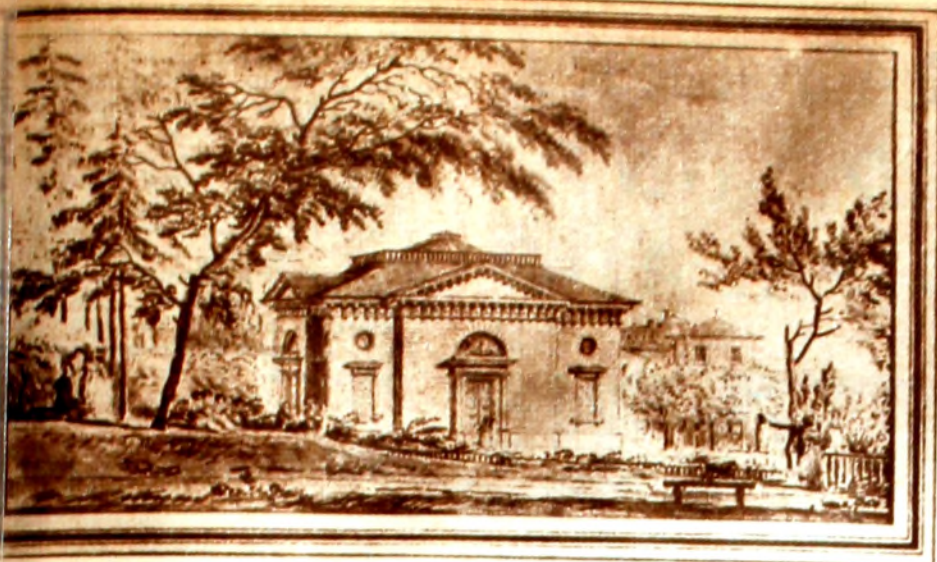
ES OTRO PRODUCTO DE:
Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 500261

Sea propietario en
MONTERREY

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

GRATIS 5.000 LADRILLOS
DE PRENSA

INFORMES **DAR S.A.** 25 de Mayo 470
Esc. 16 P. 2
(DE MAÑANA)



El gran anfiteatro del Jardín de Plantas, hacia 1790. Ahí se inauguraron los cursos de la Escuela Normal, el 20 de enero de 1795. (Dibujo atribuido a Thierry. — Biblioteca del Museo de Historia Natural).

La obra del Dr. Fayet, que se sigue con interés de una absorbente novela, pues la virtud de estar escrita como si quien hace el relato hubiera sido testigo contemporáneo de los hechos, tan vivaz es la manera de abordar el tema, se divide en dos partes. En la primera establece cómo planteó la Revolución la ruptura con el pasado; en la segunda, cómo la tradición sobrevivió por sus fueros y se encauzó por sendas renovadas sin renegar de la valiosa herencia, que constituía su cimiento inamovible.

No es posible detallar el contenido de cada capítulo, ni citar cada episodio de los que constituyen momentos capitales del movimiento de algunas figuras de relevancia, a todas las entidades culturales anteriores a la Revolución, como el que se decretó en octubre de 1790, con Marat, quien al lado del tribuno y del panfletero, subyacía, resentido, el sabio rechazado por la Academia de Ciencias; ataque que el "Amigo del Pueblo" ya iniciara en sus primeros meses de 1788, por medio de folletos y polémicas; su actitud en contra de los sabios equivale a la de Chamfort contra la Academia francesa, éste en las páginas desdenosas de "Academias", aquél en virulento opúsculo "Charlatanes modernos", muestran igual rencor, igual afán de destruir. No son menores en David, que estampa la supresión lisa y llana de todas las Academias, por ver en ellas baluartes de la nobleza; combatió la realeza de san Felipe, para terminar, irónicamente, por ser autor de un advenedizo, como retratista de Napoleón. Señala el Dr. Fayet que mientras los unos combaten a las Academias, los otros procuran asegurarles la vitalidad y trabajan en lo suyo, como Bossut, Lavoisier, Lalande, Cassini, Lavoisier. Pero cuando, al decretarse el 8 de agosto de 1793 la abolición de todos los cuerpos docentes, presentó defensa de los mismos, y que encarnaba toda eminencia científica, terminaría por ser condenado a muerte. Y ese trágico destino, según el autor, "simboliza la ruptura con el pasado que la Revolu-

ción consideró como su primer y principal objetivo".

Hábilmente la lectura nos conduce al instante en que los revolucionarios, después de arrasar, destruir, sepultar, sintieron el apremio de reconstruir y de crear a partir de los materiales heredados. El país reclamó el concurso de los científicos y los técnicos, porque era mucha la anarquía y propiciaba la invasión extranjera; y hacía falta construir naves, hacer armas, fabricar cartuchos, forjar cañones. Y si los antiguos desplazados responden, es, más que por esos móviles inmediatos, por una finalidad elevada: la reorganización de las ciencias. La fundación de la Escuela Politécnica, del Conservatorio de Artes y Oficios, la preocupación primordial por los derechos de autor de los inventores científicos, la reaparición de las viejas entidades con nombre nuevo, todo ello abarca esta segunda parte del volumen, en una enumeración que hace el proceso de origen y desarrollo de cada institución, de cada corriente de pensamiento.

El autor, que ha sabido colocarse en una postura ecuánime, sin ser detractor ni panegirista del caudal que la Revolución haya podido dar al progreso científico de Francia, deduce que si lo creado en ese lapso no fue mucho, sin embargo puso en marcha recursos y probabilidades para el porvenir y fecundó el terreno para una riqueza superior de conocimientos que iban a dar fruto más adelante. La lucidez de sus enfoques, sin prejuicios ni parcialidades, confiere más autoridad a sus personales conclusiones; y el ensayo histórico francés, proverbialmente serio y medular, añade desde ahora el nombre del doctor Joseph Fayet al de los investigadores responsables de su milenario patrimonio intelectual.

Dora Isella RUSSELL.

(*) "La Révolution Française et la Science", Ed. Marcel Rivière & Cie., 498 pg. París, 1960.

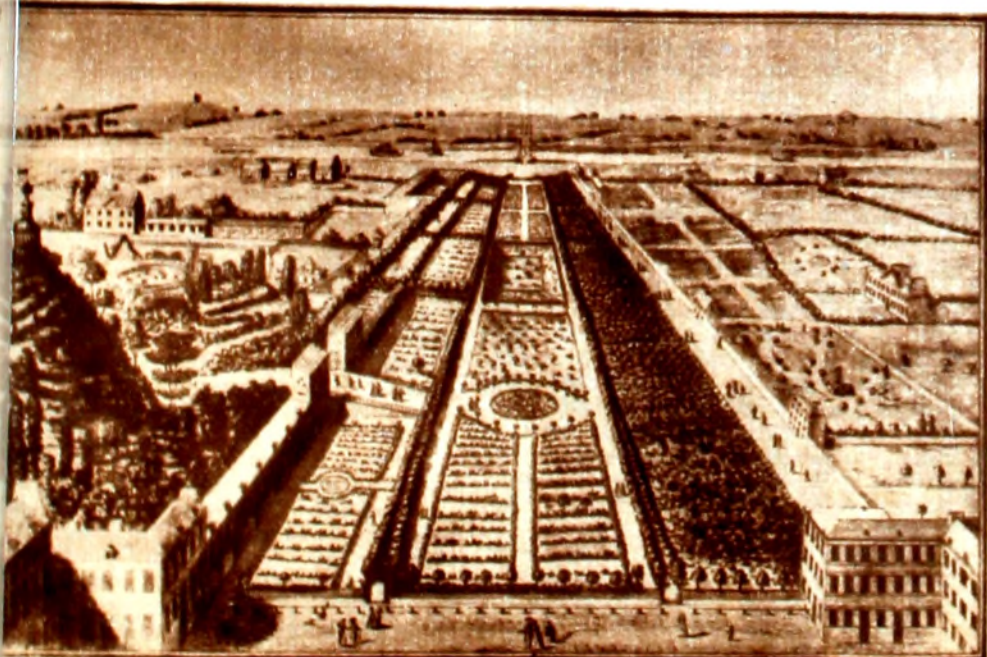
(Especial para EL DIA.)



Marat. (Pintura anónima, Museo Carnavalet).



Autorretrato de David (1794). — (Museo del Louvre).



El Jardín de Plantas a fines del siglo XVIII (después de las ampliaciones de Buffon).

MADRID a mediados del siglo pasado vivía bajo la égida de una joven descendiente de la estirpe borbónica: Isabel II. Gran amante de las artes y especialmente muy música desde su niñez, la real hija de María Cristina de Borbón llena los ociosos palacios con el cultivo del canto. Y desde los dieciséis años, época de su matrimonio con Don Francisco de Asís, la real pareja de cantantes interviene en pequeñas representaciones en el Palacio Real. Pero a partir de 1849 es en el teatro del Palacio Real donde se cantan óperas completas, principalmente del repertorio italiano y en las cuales actúa la Reina y su consorte.

El teatro del Palacio, de tamaño reducido, no permite el perfecto montaje de las obras, ni que las mismas estuvieran al alcance de todo el público. Es así que la Reina en una generosa inspiración piensa en la empresa, algo quijotesca, de levantar un gran teatro digno de su amor por la música y digno de su augusto reinado. Luego de salvar grandes obstáculos se construye finalmente el gran teatro de ópera que está a la altura de la vida intelectual y artística de la época isabelina. Y el 19 de noviembre de 1850, día de Santa Isabel, el quimérico proyecto de una inspirada reina de veinte años se transforma en realidad en una apoteótica inauguración. Y es "La Favorita" de Donizetti la obra elegida para la apertura del teatro de Oriente, nombre primitivo tomado de la Plaza y el Palacio frente a los cuales se levantó el coliseo y que luego y definitivamente se cambió por el de Teatro Real de Madrid. A partir de esos momentos sería el gran escenario lírico por donde desfilaban los grandes divos y los grandes directores de la época. Llegar a actuar en él, sueño inalcanzable de tantos cantantes, significaba la consagración definitiva. Su público y su crítica por cultos y por exigentes eran sumamente temidos y eran los que en un momento sublime coronaban con la gloria o bien con una despiadada censura cortaban una carrera artística. Nada mejor para dar la idea de lo que el Real de Madrid significaba en la vida española del siglo pasado que las palabras que al respecto nos dice Azorín: "La historia del teatro Real es la propia historia de la sensibilidad española en la segunda mitad del siglo XIX y parte del XX...". Y desde que aparecieron tras sus candilejas la Grisi, La Grange, la Patti, Nandin, Mario y Tamberlik hasta la época de la Darclée y la Nilson, de Battistini, Titta Rufo y Gayarre que allí triunfaron y allí conquistaron la gloria, las voces más privilegiadas del siglo fueron oídas con religioso fervor artístico.

Es al último de los nombrados, precisamente, a quien hemos de dedicar esta pequeña y fugaz crónica y al traer a nuestros días su figura un tanto olvidada, le restituiremos todo el caudal de gloria que le corresponde. Del humilde y rústico pueblo del Roncal a su primera presentación en el teatro Real, hay un cúmulo enorme de sueños y de sacrificios, de estudio y dedicación.

El "año de Gayarre" como luego fue conocida esta época en la historia del coliseo madrileño, fue realmente apoteótico a partir de la memorable Favorita que el 4 de octubre de 1877 inauguró esa temporada. Su presentación venía precedida de un sinnúmero de nombres evocadores por demás en la historia del arte lírico. Se hablaba de sus éxitos en la Scala de Milán, en la Opera Imperial rusa, en el Colón de Buenos Aires; pero aun España, aun Madrid no conocía el poder fascinante de ese hijo privilegiado de Navarra. Y a partir de esa noche triunfal fue proclamado el gran tenor de su época y comparado con Giuseppe Mario que, veinte años atrás, y en el mismo escenario, había recibido un título similar de la corte isabelina.

Veamos ahora cuál fue el camino, nada fácil, que transitó Gayarre hasta alcanzar la cumbre de su arte.

En una cadena de grises y azuladas montañas que atraviesa Navarra aparecen, como pequeños oasis de paz, minúsculos valles que abriga ya no diremos solariegas aldeas sino un reducido y abigarrado conjunto de nobles viviendas que se apretujan dentro de un cinturón de oscuro verdor. El Roncal, cuna de Gayarre, es uno de tantos de esos escondidos caseríos. Y en un nevoso invierno pirenaico, el 9 de enero de 1844, María Ramona, la bondadosa mujer del labriego Mariano Gayarre, dará a luz un robusto niño al que llamarán Sebastián

JULIAN GAYARRE VALOR DE UN GLORIOSO PASADO



Retrato de Julián Gayarre, hecho en Milán, y fechado en agosto de 1876 en Buenos Aires, y dedicado a "mi querido amigo y paisano Alejandro Bernón".

y que dos décadas más tarde conocerá el mundo del arte como JULIAN GAYARRE. Su infancia fue la de un rústico zagal, fuerte y alegre en íntima comunión con la naturaleza, encaramado a los picos de las montañas tras las ovejas que cuidaba y cantando a veces a toda voz ante la magnificencia de una aurora o un crepúsculo, los alegres aires de su tierra, en una jota o en un zortzico. Poco después dejará el cayado y el zurrón y marchará a Pamplona llevado por su padre a trabajar en una herrería de un amigo de la familia. Para el fuerte labriego roncalés, acostumbrado a dialogar con las cumbres y con las estrellas, el ambiente de la fragua equivale a los muros de una tétrica cárcel. El aldeano muchacho abandona esa ciudad que lo oprime y un buen día aparece nuevamente en el Roncal. Pero en los días de permanencia en la capital Navarra por intermedio de un compañero de trabajo conoce al viejo maestro Conrado García, que en esos momentos era el director del Orfeón de Pamplona. El maestro García que también era organista de la catedral del lugar, lo oye y recibe una auténtica sorpresa ante una voz tan pura, cristalina y potente que emerge virgen de la garganta del humilde y joven labriego.

Y nada menos que a Hilarión Eslava le hace conocer el muchacho roncalés. El gran teórico no sólo se maravilla sino que opina que es urgente que vaya a Madrid para estudiar en forma. Sus compañeros y amigos del Orfeón del cual Gayarre era tenor solista, ante la noticia y sabiendo que el aventajado joven no tenía recursos de ninguna clase para tal empresa, resuelven hacer un gran concierto de beneficencia y reunir así el importe del traslado a Madrid. 1865: Madrid era en el horizonte del joven zagal roncalés una quimera inalcanzable, un mundo fuera de su órbita, una aventura increíble. Protegido siempre por el generoso maestro Eslava, obtiene una pensión anual de 4.000 reales e ingresa en el Conservatorio madrileño. Así, de un momento a otro, de las estribaciones de los Pirineos a la capital del reino, la suerte artística de Gayarre pone su rumbo hacia la fama.

Los azares políticos truecan el panorama y un día el joven tenor se ve privado sorpresivamente de su beca de estudios. Comienza entonces la época más penosa de su vida, la lucha entre el diario sustento y el estudio de un arte que ya forma parte integral de su existencia.

Modestas compañías de zarzuela se venan con grandes desahíos que le hacen volver su mirada hacia las montañas y hacia su antigua ocupación parcel y de quincallería hasta que nuevamente providencia, encarnada por la figura del maestro Conrado García, dispone que el destino de cantante se cumpla. El generoso maestro navarro consigue finalmente una pensión de estudios equivalente a la que el joven tenor usufructuaba en Madrid. Pero ahora el destino es otro.

Milán, la cuna del "bel canto", se ve con todo su fascinante encanto ante los ojos asombrados del joven tenor y de su maestro que lo acompaña, con una fe inquebrantable en sus valores y en su futura consagración.

Al maestro Lampertini es confiada una maravillosa voz y pronto el teatro Va lo contrata para sendas representaciones. Es en el tercer acto de "Elisir d'amour" donde Gayarre, presa de una emoción que muchas veces experimentada, minutos antes había recibido la noticia de la muerte de su madre, comienza su ascensión triunfal. Recordando esa emocionante noche, el propio Gayarre decía: "Dos veces me ha dado al mundo mi madre: una para la vida y otra, esta noche, para el arte".

Toda Italia reclama con entusiasmo al cantante: Milán, Como, Treviso, Roma, Parma y Cremona se suceden en alucinante continuidad. En su patria es Sevilla quien recibe al hijo pródigo que desde esos momentos comenzará a firmarse para el mundo y para la eternidad JULIAN GAYARRE. Rusia, con la lejana y opulenta Corte de los Zares; con su aureola de leyenda y magnificencia; con sus maravillosos teatros y con el misterioso amor de una enigmática criatura, dan al tenor roncalés la posibilidad de vivir un ensueño intangible.

Milán de nuevo lo reclama para estrenar a Ponchielli su "Gioconda"; América recibe como a un mensajero sublime que trae las interpretaciones inigualadas de personajes inmortales. Y luego el retorno triunfal a Europa y la apoteótica presentación en su patria y en el Real en la ya nombrada función de 1877.

Desde entonces su vida es una sucesión incesante de grandes triunfos; La Africana, Los Hugonotes, Los Puritanos, Mefistófeles, Los Pescadores de Perlas y especialmente La Favorita, que era su obra predilecta y donde llegaba al máximo como artista y como cantante en el famoso "Spirto gentil".

Igualmente Gayarre canta el Lohengrin en su estreno español en marzo de 1881.

Luego es Londres y nuevamente Italia y todos los grandes teatros de ópera que en esas disputan al más cotizado tenor de la época.

1890, el terrible "dengue", enfermedad del momento y que hoy se piensa fue el "gripe", hizo fatales estragos en Madrid. El gran tenor, aquejado desde hacía un tiempo de una dolencia laríngea, sucumbió ante el mal que asolaba la ciudad y el 2 de enero de ese año muere en su casa de la Plaza de Oriente, exactamente enfrente al teatro donde había triunfado y donde le habían rendido las más calurosas ovaciones de su vida de artista.

Una verdadera muchedumbre acompañó el cortejo fúnebre pese a la espesa nieve que cubría las calles. Frente a la puerta del teatro el mismo se detuvo y la orquesta dirigida por el maestro Mancinelli tocó la marcha fúnebre de Chopin y el coro y el bajo Nanetti entonaron el Coro de Monjes que precede al Spirto gentil y luego se oyó la propia romanza, esta vez sin ninguna voz, como el más emocionado homenaje a quien la había immortalizado, como si al morir el gran Gayarre hubiesen muerto también todas las voces capaces de interpretarla.

Al llegar a la Puerta del Sol el tremendo grito de un mar humano en un "¡Viva Gayarre!" es la postrer despedida que un pueblo dolorido y entusiasta da a su hijo.

Desde ese bullicio a la espléndida pero solitaria tumba del Roncal, junto a las montañas que lo vieron nacer y a las cuales superó en una ascensión triunfal hacia las alturas de la fama, comienza la entrada en la inmortalidad de Julián Gayarre.

Susana SALGADO GOMEZ.

(Especial para EL DIA).



Retrato. Terracota.



Tres figuritas. Terracotas.

JOVENES ARTISTAS URUGUAYOS

JORGE CALASSO

POCO conocida es la obra y la actuación de este joven compatriota, que alterna la escultura con la pintura de Historia y de retratos.

Precisamente, y para abreviar su presentación, diremos que es quien recientemente fuera distinguido en el concurso de retratos de don Joaquín Suárez, logrando el Primer Premio estipulado por el Concejo Departamental de Montevideo, y el Segundo Premio en el concurso "Cabildo 1808", orga-

nizado por el Ministerio de Instrucción Pública.

La falta de contacto con nuestro ambiente, radica en que Calasso estuvo residiendo en Bolivia durante cuatro años, llegando a desempeñar la asesoría artística del Departamento de Cultura de dicho país en el año 1958.

Entre otras distinciones, posee la de haber sido designado para el Jurado de admisión del envío boliviano a la Bienal de San Pablo al siguiente año. Después de

cursar preparatorios de Arquitectura, fue alumno de Antonio Pena y Edmundo Prati en la Escuela de Artes Plásticas durante cinco años, habiendo trabajado en el taller de José L. Zorrilla, en los años 1953-54, y haciéndolo actualmente en la puesta a punto del monumento a Juan Z. de San Martín, que el destacado escultor uruguayo está terminando. En la escultura, sobre todo en las cabezas y bustos, de Calasso, existe una preocupación por autenticar la expresión de serenidad.

Y en realidad que ello se hermana en la pintura de retratos, que es a su vez, resultante del mismo concepto. Es en ella donde Calasso se manifiesta con un sentido cabal del dibujo y seriedad en el planteo formal, aunque no intensifique o ahonde la

humanidad del modelo, para desentrañar el carácter con mayor firmeza. Sin embargo, esa delicada manera de tratar sus figuras, dentro de una corrección de trazo menudo, está de acuerdo a su fina sensibilidad.

Existe dulzura en cada uno de sus retratos, y una sencillez de medios en cuanto a depuración de dibujo, el que aparece en línea contorneada y permanente, conformando una entera visión de acentuado grafismo. A pesar de ello hay economía de líneas, y la pureza de ellas ayuda a la comprensión visual del temperamento del artista, el que fija en cada uno de sus trabajos este principio de estilo.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Retrato. Terracota.



Retrato. Oleo.



Retrato. Yeso.



Biblioteca pública del diario argentino "La Prensa". Una parte de la sala de lectura.

recho y no menos la de Medicina, como también otras disciplinas.

"Pero, no por ello — me dice el director — se descuidan otros aspectos de la cultura, y se adquieren obras de clásicos griegos y latinos, o historias de las diversas literaturas". Esta es una Biblioteca rica en novelas, cuentos y poesías, particularmente rioplatenses. "Tengo esperanzas — continúa — de que con el correr del tiempo esta Biblioteca sea uno de los más completos repositorios en donde sea posible informarse sobre lo que se ha hecho en el Río de la Plata en este aspecto". (Los libros enviados por los autores o editoriales para ser comentados en el diario, se incorporan después a la Biblioteca).

La Biblioteca aumenta continuamente su acervo no descuidando la adquisición de modernos diccionarios y enciclopedias, además comenzó a enriquecerse con libros que estudian las artes plásticas, tanto lo antiguo como lo muy moderno.

Al destacar la enaltecida comprensión de la Dirección del diario y su apoyo para que la Biblioteca cumpla cabalmente con el fin a que está destinada, el director recuerda las palabras de gratitud expresadas por renombrados profesionales, que con gran satisfacción recordaban las horas pasadas en este hogar intelectual.

En la época de la inauguración actuaban en el diario hombres como don Ezequiel P. Paz; Adolfo Dávila, que ya había sido director del diario; Estanislao Severo Zeballos, que lo fue varios veces; José Manuel Eizaguirre, y otros.

"Conociendo la actuación de ellos, no dudo tuvieron mucho que ver con que la Biblioteca se transformara en un importante centro de cultura y fuente de sabiduría."

Ottokar JAWROWER

(Especial para EL DIA)

(1) Las exposiciones abarcan también otros ramos como productos de agricultura, de ganadería, de industria, de "especímenes raros y valiosos, los objetos de arte y de la industria extranjera, para que sirvan de contraste y de estímulo a los elaborados en el país; y de esta suerte la sala de exposiciones de "La Prensa" abierta constantemente al público será una manifestación completa de los frutos de la actividad nacional y de una escuela práctica, un museo vivo, donde estarán representados todas las artes y todos los oficios".

(2) Un caso excepcional ocurrió en el mes de mayo ppdo. en que la Biblioteca se vio colmada por la afluencia de interesados por la necesidad de consultar ciertos textos relacionados con figuras y hechos de la Revolución de Mayo, circunstancia que ha provocado una sensación y, originado una nota con fotos en "La Prensa" (16-5-60).

LA BIBLIOTECA PUBLICA DE "LA PRENSA"

400, a 500 por día, atendidos en un horario corrido de lunes a sábado de 14.30 a 23.30 hs., además del director, por seis empleados. (2)

A su disposición hay actualmente una cantidad de más de 45.000 volúmenes con amplia representación de la historia universal y particularmente la argentina, de De-

EN el subsuelo de su edificio, con entrada por la calle Rivadavia Nº 552, de Buenos Aires, está instalada la "Biblioteca Pública" del diario argentino "La Prensa", que en estos días cumple el 62º aniversario de la fecha de su fundación (11 de enero de 1899), dirigida por el Sr. Carlos Alberto Giuffra, intelectual de subidos quilates, descendiente de antigua y prestigiosa familia uruguaya.

El 11 de enero de 1899, apareció la noticia con el título de Nuevos Servicios Sociales, Salón de Exposiciones, Biblioteca, Sala de Armas (1). Fue en la oportunidad en que se trasladaba desde la calle Moreno a su actual edificio y ya habían sido instalados los consultorios médicos. Decía así:

"La Biblioteca que muy en breve quedará definitivamente organizada, ofrecerá a los suscriptores de "La Prensa" la posibilidad de consultar libros importantes y colecciones valiosas, entre ellas la misma de nuestro diario desde su primer número hasta el de la fecha corriente, historia detallada y en gran parte documentada de la República Argentina durante treinta años, a donde serán muchas las personas que acudan para refrescar sus recuerdos."

La Biblioteca se inauguró con un caudal bibliográfico de seis mil volúmenes, y su acrecimiento constante obligó a la instalación en el subsuelo actual, donde estuvieron las rotativas. En esa fecha 1937, guardaban sus anaqueles unos veinte mil volúmenes. Su director lo era entonces el señor Gustavo Scotto.

A principios del año 1951 el diario sufrió el golpe peronista: "Las tiranías suelen sentirse incómodas con la cultura de sus pueblos y la tiranía Argentina no escapó a esta adversión". Se produjo un largo paréntesis en la actuación de la Biblioteca que permaneció cerrada y "expuesta a un moderado saqueo en que desaparecieron de 2.500 a 3.000 volúmenes. Pero derrocado el régimen por la Revolución Libertadora y recuperada la empresa por sus legítimos dueños, una de sus primeras preocupaciones fue reabrir este importante "servicio social", el 7 de mayo de 1956, grata nueva brindada por "La Prensa" a sus lectores en la edición del día siguiente. En esta hora feliz la Biblioteca poseía algo más de 30.000 libros. Su progreso ilustran las siguientes cifras: en los años 1956, 57, 58 y 59 concurrieron 20.746 (desde mayo), 39.435, 51.789 y 57.707 lectores respectivamente y consultaron 23.962, 45.127, 63.396 y 79.088 obras, respectivamente.

Los lectores concurren en promedio de



El director de la "Biblioteca Pública" de "La Prensa", señor Carlos Alberto Giuffra, con el autor de esta nota.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

¡ESE FIM QUE ES UNA MEN-
TIRA SOBRE AFRICA NADIE
LO VERA!



POMPUS NO LO SABE... PERO SE HUBIERA MUERTO SI ESE
GIGANTE, TARZAN, NO HUBIESE SABIDO COMO ADMINISTRAR-
LE LAS MEDICINAS.



BUENO, TARZAN,
NOS VAMOS.

TU HAS QUEMADO LAS CO-
SAS QUE TE DISGUSTABAN,
TARZAN. VÁMONOS A CA-
SA.

BUENO, JEFE OGU, HUYA... CON HUMO!
ITO, TÚ VAS CONMIGO.

NADIE NOS MIRA...
CORRAMOS!



TU, ITO, ERES EL RESPONSABLE DE LO
QUE NOS SUCEDIO ACA. TE DIJE QUE
ESPERARAS MI REGRESO, EN LA FO-
RESTA DE LOS PEQUENITOS!

LO SIENTO, TARZAN. YO SO-
NE QUE ESTABAS EN UN
GRAN LIO Y FUI A BUS-
CARTE...

VI LA CARAVANA
PENSE QUE PO-
DRIAN AYUDAR-
ME A ENCONTRAR-
TE.



BILL
ELLIOTT
JOHN
CELARDO

RO EN EL LÍMITE DE LA VERDE FORESTA, TARZAN TIENE UN PENSAMIENTO INCONTENIBLE: NO
DRÍA ESA CARAVANA, CON SU AYUDA, PRODUCIR ALGO BUENO SOBRE AFRICA?

VUELVO, JEFE OGU. ESOS TIENEN ALGO QUE YO PUEDO APRO-
VECHAR. TÚ Y HUMO VUELVAN PRONTO A LA FORESTA. LOS VERÉ
PRONTO.



PERO TARZAN. POR QUE
VOLVEMOS CON ESOS
HOMBRES?

1518

...SI EL JEFE DE LA CARAVANA, POMPUS, VIVE,
PODREMOS HACER ALGO MUY ÚTIL CON ÉL Y SUS
CÁMARAS!

PERO RECUERDA, ITO, LA PRÓXIMA VEZ QUE TE
DIGA QUE HAGAS ALGO, ÁZLO.

SI, TARZAN, PERO PÍDEME
QUE HAGA ALGO CONTIGO,
NO LEJOS DE TÍ.



TARZAN, POMPUS TE REQUIERE!
NUESTRO JEFE ESTÁ LLORANDO,
COMO UN NIÑO ASUSTADO!



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.



ofertas que hacen correr

a las 3 avenidas y...

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.



1 - Elegante vestido en popelina satinada de modernos gustos, la falda tiene tabloncillos sin planchar \$ **90.00**

2 - Modelo playero con amplio escote, realizado en popelina de rayon inarrugable formando guarda en colores \$ **63.00**

3 - Novedoso vestido realizado en shantung antiarrugas de diseños estampados, es un modelo forrado \$ **130.00**

4 - Clásico chemisier confeccionado en reps de seda estampado, es una creación de nuestra sección Damas. Talle 52 \$99.00, talles 46 al 50 \$ **90.00**

5 - De línea muy actual la sobrefalda, fina realización en Cotton Sauvage de modernos diseños \$ **190.00**

6 - Presentamos traje en alpaca, de chaqueta clásica y pollera tubular, siendo ambas forradas. Talles 52 y 54 \$145.00, talles 46 al 50 \$ **135.00**



IMPORTANTE:
Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Av. Agraciada 2302 esq. M. Sosa.

CASA MATRIZ
Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES-Avda. Gral. Flores 2341 - TELEF. 24200-24300-24400

SUC. CORDON
Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 hs. al día en horario continuado de 9 a 19 horas.